

Lou Carrigan

NARANJAS DE LA CHINA


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

NARANJAS DE LA CHINA

Colección LA HUELLA n.° 65
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 51.474 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Capítulo primero

El cadáver estaba tendido en el suelo, exactamente delante de la pequeña caja fuerte empotrada en la pared; los pies casi tocaban ésta, la cabeza estaba cerca del sillón colocado tras la mesa. El cadáver yacía boca abajo, de modo que se apreciaban en su espalda los impactos de los dos balazos. La caja fuerte estaba abierta y vacía.

—Yo creo —dijo uno de los detectives del grupo— que la cosa está bien clara, señor.

Inmediatamente se arrepintió de haber tenido la osadía de emitir un comentario nada menos que en presencia del teniente de Homicidios Hugh Bolton. Había sido una temeridad de la que, sin duda alguna, muy pronto tendría que arrepentirse.

Pero por el momento, Hugh Bolton se limitó a mirarlo inexpresivamente. Aunque, eso sí, Hugh era tan cortés que efectuó un parpadeo; con esto quería decir, más o menos, que había escuchado a su detective, y que, naturalmente, sus palabras serían tenidas en cuenta.

Luego, puso una rodilla en tierra, junto al cadáver, y se quedó mirando las dos heridas de la espalda. Sí, se veían los impactos de los dos balazos, muy juntos; las balas habían metido la tela de la blanca bata dentro de la carne, y habían llegado al corazón. Luego, la sangre había brotado por los dos orificios, formando muy pronto una sola mancha, que ya estaba seca. En realidad, parecía barro seco, no sangre.

Hugh Bolton continuó examinando el cadáver. Visualmente, por supuesto; no sería él quien tocase ni siquiera un cabello del hombre asesinado. Al menos, hasta que se hubiesen tomado las fotografías y demás providencias propias del caso…

Los brazos del cadáver quedaban junto al cuerpo, las manos casi tocando las piernas; parecía estar en posición de firmes… La cara se apoyaba en el piso sobre un lado de la nariz y el pómulo de ese lado, en una postura casi vertical con respecto al suelo, de modo que Hugh Bolton sólo veía un ojo de la víctima, y no muy bien. El ojo estaba abierto. Un poco desorbitado, incluso.

La mirada de Hugh Bolton recorrió una vez más el cuerpo del profesor doctor Reginald Flannery, de los pies a la cabeza rematada por la grisácea cabellera que a Hugh le pareció pelaje de rata, tan áspera y tiesa era. Luego, también una vez más, miró hacia la caja abierta y vacía.

Y mientras tanto, a su alrededor, todo era silencio. Un silencio impresionante. La fama del teniente Hugh Bolton era tal, que cuando se le encargaba de un caso todos esperaban que hiciese chascar los dedos, y, sin más, dijese el nombre del asesino, los motivos que había tenido para cometer el asesinato, la hora en que éste se había cometido, etc. Inconvenientes de tener tanto prestigio. La verdad era que cada investigación de asesinato empezaba siendo un auténtico rompecabezas para Hugh Bolton, lo cual era normal, pues ni era adivino, ni un genio, ni nada parecido. Era, simplemente, un investigador de crímenes.

Eso sí: especializado. Si el homicidio se cometía en circunstancias de violencia, esto es, que la víctima tomaba parte en esa violencia, intentando defenderse, o quizá cayendo muerta al ser ella quien había iniciado dicha violencia, los superiores de Hugh Bolton no se molestaban en ponerlo en órbita. ¿Para qué? Cuando las cosas sucedían de esa forma, siempre se tenía el extremo del hilo, y sólo había que ir tirando de él, buscando a personajes que, previamente, se sabía estaban relacionados con la víctima.

Pero, cuando la víctima aparecía asesinada sin que, en principio, se le pudiese relacionar con alguien determinado, Hugh Bolton era encargado del caso. No había extremo de hilo del cual tirar. Sólo un cadáver.

Una víctima de alguien que había tenido motivos ocultos para asesinar. Lo cual era muy diferente de cuando dos granujas se liaban a tiros, o una jovencita de las que se dedicaban al *strip-tease* en cualquier club de Honolulú aparecía degollada, estrangulada o acribillada, y se sabía, pongamos por caso, que Fulano y Mengano

andaban locos por ella. Celos, rivalidades, odios… En estos casos, la investigación era más bien rutinaria. Sí, sólo había que ir tirando del hilo.

En el caso del asesinato del doctor Flannery, la cosa era diferente, porque, aparentemente, había sido planeado. Al menos, eso parecía, en principio.

Por fin, Hugh Bolton se incorporó en toda su imponente estatura, superior al metro ochenta. Otro detalle de Hugh Bolton se centraba en su aspecto físico: alto, atlético, rubio, ojos grises… Era tan guapo que hasta él mismo estaba de ello hasta las narices, y quizá por eso su gesto se iba agriando, lo cual no estaba adecuado a sus treinta y dos años. Hay que esperar a ser más viejo para tener mal carácter.

Hugh miró al detective que había osado emitir una opinión, y preguntó:

—¿Por qué te parece que la cosa está clara, Dave?

La esperanza de Dave de que Hugh hubiese olvidado sus palabras se desvaneció. Pero ya no podía echarse atrás. Sabía que Hugh Bolton toleraba los errores, pero no que se hablase en vano.

—Bueno… Considerando que el doctor Flannery está en bata todavía, podemos pensar que estaba en su laboratorio, trabajando. Y sabemos ya que estaba solo, esta noche. Era la oportunidad que el asesino estaba esperando. Fue al laboratorio, amenazó al doctor Flannery con la pistola y le obligó a venir aquí y a abrir la caja fuerte. Entonces, lo mató y se llevó todo lo que encontró en la caja.

Hugh Bolton reflexionó unos segundos sobre esta explicación. Luego dijo:

—Por tus palabras deduzco que estás convencido de que el asesino venía dispuesto a matar al doctor.

—Así es, señor. De otro modo, ¿por qué matarlo, cuando ya había conseguido que él le abriese la caja?

Hubiese bastado un buen golpe en la cabeza, por ejemplo.

—Claro. Y si venía dispuesto a matarlo…, ¿por qué?

—Seguramente el doctor Flannery lo conocía, así que no podía dejarlo vivo después de robarle.

—Pero si el asesino venía dispuesto a matar…, ¿por qué no vino cualquiera otra noche, cuando la doctora Dewey estaba también aquí, trabajando? Con matarlos a los dos, asunto terminado.

—No veo por qué un asesino tiene que complicarse tanto la vida, señor. Si conocía al doctor Flannery, conocía también a la doctora Dewey, y por tanto sabía que muchas noches ésta salía… Lo más cómodo era sorprender sólo al profesor.

Hugh Bolton asintió con la cabeza. Todo esto confirmaba la inicial teoría de que el profesor doctor Flannery había sido asesinado tras un plan estudiado y premeditado, en efecto. El asesino sabía quién vivía en la pequeña villa, y sus costumbres. Sabía, por tanto, que en aquella casa sólo había tres personas. Una: la cocinera y sirvienta en general que, al parecer, llegaba por la mañana y se iba después de dejar la cocina limpia tras la cena. Dos: el doctor Flannery. Tres: la doctora Dewey. El asesino sabía perfectamente que después de la cena, la cocinera-sirvienta se iba. Sabía que, con frecuencia, la doctora Dewey no se quedaba trabajando hasta tarde, sino que, con toda lógica y derecho, tras considerar que su jornada estaba cumplida, salía por ahí a cenar, o al cine si ya había cenado en casa, o, en fin, iba a donde le viniese en gana para divertirse un rato, lo que no sólo era lógico, sino justo.

—Así que el asesino, sabedor de todo esto, espera una de esas noches en que la doctora Dewey sale antes o después de cenar, entra en el laboratorio y…

—Okay —dijo Hugh—. Vamos a hablar un poco ahora con la doctora Dewey. Empezad a trabajar aquí, pero sin tocar el cadáver hasta que el forense lo haya examinado. Ven conmigo, Dave.

—Sí, señor.

Abandonaron el despacho y fueron al salón, cruzando el vestíbulo, donde había un policía de uniforme. Afuera había un coche patrulla y dos de la Sección de Homicidios. La puerta de la casa estaba abierta, así que se veía el resplandor de las luces de Honolulú. Era la una y veinte de la madrugada.

El detective Dave Corby había sido el primero en llegar a aquella pequeña pero encantadora villa sita en el 212 de Kolowalu Street, por encima de la Universidad de Hawai. Primero, la doctora Dewey había avisado a la policía, simplemente. Ésta había avisado al teniente Hugh Bolton que, ocupado en aquel momento en una interesante conversación con un confidente, había enviado por delante a Dave Corby. Cuando Hugh llegó, Dave había hablado ya con la doctora Carol Dewey, y esperaba a su superior en la puerta, a

la que acudió al oír la llegaba del coche.

Por lo tanto, Hugh Bolton aún no había visto a la doctora Dewey, a la que, con discutible lógica, clasificó como mujer madura, con lentes, más bien gorda, y hasta quizá fea.

El fallo fue tremendo, en este sentido.

Cuando entró en el salón donde Carol Dewey esperaba acompañada de un agente de uniforme, Hugh Bolton se quedó mirando, dominando su relativa sorpresa, a la hermosa mujer que estaba sentada en el sofá, fumando nerviosamente. Como máximo, tendría treinta años… Y no llevaba lentes, ni era gorda, ni muchísimo menos fea. Ella se puso en pie y de un vistazo, Hugh calibró toda la belleza de aquel cuerpo juvenil, de formas indiscutibles y bellísimas, realzadas por el encantador vestido de noche escotadísimo y que dejaba al descubierto los hombros. Carol Dewey era pelirroja, tenía los ojos verdes, la boca roja y llena… Pasmoso.

—Doctora Dewey —se acercó Hugh—, soy el teniente Bolton, de Homicidios. Voy a llevar este caso y me gustaría conversar con usted unos minutos… si está en condiciones, por supuesto.

—Claro que sí —dijo ella.

Hugh contemplaba atentamente aquellos hermosos ojos verdes. Era normal que Carol Dewey estuviese bastante nerviosa, pero, claro, ello no implicaba que hubiese perdido la serenidad. Además, ya había pasado tiempo desde que avisó a la policía.

—Por favor, siéntese —señaló Hugh el sofá; él se sentó en un sillón, delante de la doctora—. Hay toda una serie de preguntas de rutina, quizá desagradables, pero inevitables, respecto a lo que ha hecho usted esta noche, dónde ha estado y con quién, y cosas así, pero esas preguntas, que a algunas personas les parecen ofensivas, se las formulará luego el detective Corby…

—¿Son las preguntas con cuyas respuestas yo debo proporcionar mi… coartada?

Hugh alzó las cejas.

—Es el reglamento, simplemente, doctora. Por otra parte, no creo ni siquiera haber insinuado que usted pueda haber matado al doctor Flannery. ¿Acaso tenía motivos?

—Ninguno en absoluto —respingó Carol Dewey.

—¿Conoce a alguien que los tuviera?

—¿Motivos para matar a Reginald? —Se pasmó la doctora—. ¡Claro que no! ¡Qué absurdo!

—Por absurdo que a usted le parezca, doctora, alguien ha matado esta noche al doctor Flannery —masculló Hugh.

—Ah, sí… Bueno, lo siento… No he querido ser descortés con usted, teniente.

—No se preocupe. Prescindiendo de detalles, que como le he dicho, el detective Corby tomará más adelante, entiendo que usted salió esta noche, como otras noches, y fue a cenar por ahí, quizá al cine, o…

—Estuve aquí hasta las siete —cortó ella—. A esa hora fui a reunirme con unos amigos que me habían invitado a cenar. Luego fuimos al lió Club, donde estuvimos hasta las doce, aproximadamente. Al salir tomamos una copa de champaña en un bar cercano al lió; no recuerdo el nombre de ese bar, pero alguno de mis amigos lo recordará… Después de eso, nos despedimos. Es decir, me despedí yo, pues era muy tarde para mí. Reginald era intransigente en ese sentido: a las ocho de la mañana, a trabajar.

—¿Qué clase de trabajo, exactamente?

—Investigaciones químicas.

—Póngame un ejemplo, por favor.

—Pues… insecticidas, estudios sobre el petróleo, propiedades de determinados productos que algunas empresas dedicadas a la fabricación de medicamentos piensan utilizar… Reginald tenía muchos pedidos, especialmente en esto último. Se puede decir que las empresas de mayor solvencia no ponían en estudio definitivo un medicamento hasta que Reginald hubiese dado su visto bueno.

—Entiendo. ¿Ustedes obtenían sus ingresos trabajando en eso?

—Así es.

—¿Eran socios usted y el doctor Flannery?

—No, no. Yo soy… o era su ayudante. Cobraba un buen sueldo, y eso era todo.

—¿Atenderá usted ahora los asuntos del doctor?

—¿Yo sola? ¡Imposible! Bueno, puedo hacer pequeñas cosas, desde luego, pero de ninguna manera estoy a la altura profesional de Reginald… Supongo que tendré que buscarme un nuevo empleo.

—Entiendo. ¿A qué hora llegó usted aquí exactamente?

—No lo sé exactamente… Pongamos la una menos cuarto.

—Muy bien. ¿Y qué hizo?

—Dejé el coche en el garaje y, como había visto encendida la luz del laboratorio, fui hacia allá a saludar a Reginald y a decirle que se acostase. Algunas noches me lo encontraba dormido, sobre todo últimamente… Pero Reginald no estaba en el laboratorio. Pensé que se había olvidado de apagar la luz, así que la apagué y entré en la casa…

—De la cual tiene usted llave, naturalmente. ¿Tiene otra llave alguna persona más?

—La cocinera-asistenta que viene todos los días; ya le he hablado de ella al detective Corby.

—Sí… ¿A qué hora se fue esa señora?

—Supongo que poco después de las ocho, como siempre.

—¿Encontró usted la puerta de la casa cerrada?

—Sí, claro.

—Muy bien. Abrió usted, cerró y fue al despacho del doctor… ¿Por qué?

—Espere un momento, teniente… Usted parece creer que entré en la casa por la puerta principal, y no fue así.

—¿Por dónde entró?

—Por la parte de atrás. ¿Usted no ha estado en el laboratorio?

—Todavía no.

—Está en la parte de atrás de la casa, como continuación del garaje, y separado de éste por una puerta. El laboratorio tiene dos puertas más; una que da directamente al jardín, y la otra al interior de la casa… Cuando dejé el coche y vi luz por debajo de la puerta del fondo del garaje, fue cuando pensé que Reginald estaba todavía allí, y entré. Como no estaba, entré en la casa por la puerta interior del laboratorio, pensando que se habría acostado. Llegué al vestíbulo y cuando iba a subir a mi dormitorio vi la luz también por debajo de la puerta del despacho. En ocasiones, ya le digo que sobre todo últimamente, Reginald se quedaba un rato más en el despacho, pasando en limpio algunas fórmulas… Bueno, entonces fue cuando entré en el despacho y lo vi…

—¿Tocó usted algo?

—No… No, no, desde luego. Llamé a la policía inmediatamente, desde el mismo despacho.

—Bien… Debió ser un mal momento para usted, doctora.

—No creo haber pasado otro peor —murmuró ella.

—Lo comprendo. Sin embargo, hay una cosa que no comprendo. Si usted entró en la casa por la puerta interior del laboratorio…, ¿cómo podía saber que la puerta principal de la casa estaba cerrada con llave?

Carol Dewey se quedó mirando atónita a Hugh.

—Porque tuve que abrirla con la mía cuando llegó la policía.

—Claro. Volvamos a los motivos del crimen… ¿Se le ocurre a usted alguno?

—De ninguna manera.

—¿Tenía mucho dinero el doctor en la caja?

—No. Al menos, no acostumbraba tenerlo. A veces, incluso menos de mil dólares.

—¿Entiendo que usted conoce la combinación de la caja y que podía abrirla siempre que quisiera?

—Por supuesto.

—¿Alguien más conocía la combinación de la caja?

—Lo dudo mucho. Tanto, que casi me atrevería a afirmar que no, teniente. Reginald era muy desconfiado… Y por otra parte, ¿por qué tenía que decirle la combinación a nadie más? Estábamos solos en la casa y era suficiente que la conociésemos él y yo.

—Dice usted que era desconfiado… En cambio, no había tenido inconveniente en permitir que usted conociese la combinación de la caja y que la abriese cuando quisiera.

—Se supone —alzó la barbilla Carol Dewey— que Reginald confiaba en mí, teniente Bolton.

—Me parece acertado —casi sonrió Hugh—. Hay unas palabras de usted que me han llamado especialmente la atención, doctora. Ha dicho que algunas noches se encontraba al doctor Flannery dormido en el laboratorio, sobre todo últimamente… ¿Significa eso algo especial?

Carol Dewey bajó la mirada y se mordió los labios. Hugh Bolton y Dave cambiaron una mirada y esperaron… Esperaron en vano, porque la doctora Dewey permaneció en silencio, con la cabeza baja, la mirada fija en el suelo. Hugh frunció el ceño, abrió la boca… y en ese mismo instante se abrió la puerta del salón.

—Teniente —apareció un detective del equipo—, acaba de llegar el forense.

Hugh se puso en pie, mirando significativamente a Dave, que le imitó.

—Volveremos en unos minutos, doctora. Con permiso…

Carol Dewey pareció no oír. Los dos volvieron a mirarse y se dirigieron hacia la puerta del salón. Ya en el vestíbulo, Dave se dispuso a hacer un comentario, pero captó el gesto de Hugh y cerró la boca.

—Exacto —sonrió a medias Hugh—; no hay que precipitarse. Vamos a dejarla reflexionar un poco, Dave.

—Sí, señor.

—Mientras tanto, veamos qué nos dice el forense.

CAPÍTULO II

—Hacia las diez y media… —dictaminó el forense—. Pudo ser un cuarto de hora antes o un cuarto de hora después.

—¿Es definitiva esa hora? —preguntó Hugh.

—Definitivo no hay nada hasta que hayamos practicado la autopsia. Pero, vamos, Hugh, ya me conoces, ¿no?

Hugh Bolton conocía muy bien al doctor Shepard; por la sencilla razón de que cuando él ingresó como simple detective en la policía, Shepard llevaba más de veinte años examinando cadáveres.

—De acuerdo: las diez y media —asintió—. ¿Qué más?

—¿Qué más? Pues nada más… Cincuenta y cinco años, salud aceptable pese al poco ejercicio, inteligente, raza blanca… Y dos balazos que me parecen del cuarenta y cinco en la espalda. Muerte fulminante por destrozo del corazón. ¿Podemos llevárnoslo ya?

Hugh miró a uno de sus hombres, que se acercó con la tiza y dibujó la silueta en el suelo, tras explicar que las fotografías habían sido tomadas. El doctor Shepard requirió a los camilleros del coche de la Morgue y el cadáver fue alzado. En el despacho, el equipo de Huellas se dedicaba silenciosamente a su labor: no quedaría siquiera un centímetro cuadrado por revisar.

Cuando se llevaron el cadáver eran casi las dos de la madrugada.

—¿Volvemos con la doctora o echamos un vistazo al laboratorio? —preguntó Dave.

Hugh Bolton no contestó. Estaba mirando la caja fuerte, vacía. Se acercó más y echó un vistazo al interior. Completamente vacía… ¿Y todo por mil o dos mil dólares? Claro que no. En la caja debía haber habido algo mucho más importante que esa cantidad de dinero. Según las apariencias, había que descartar el robo como móvil del crimen. Al menos, el robo de dinero… ¿Qué había

querido llevarse realmente el asesino? Para Hugh una cosa estaba bien clara: si alguien podía responder a esa pregunta, ese alguien solamente podía ser la doctora Dewey, que conocía los trabajos de Flannery y, además, tenía acceso a la caja fuerte. La pregunta a Carol Dewey era inevitable: ¿qué había en la caja fuerte, doctora?

Hugh se volvió hacia Dave.

—Vamos a echar un vistazo al laboratorio.

Salieron del despacho, fueron hacia el fondo de la casa, y encontraron la puerta que comunicaba con el laboratorio. La luz la encendió Dave Corby, apretando el interruptor con la punta de su bolígrafo. Había un gran banco central, lleno de probetas, retortas y demás instrumentos propios de un laboratorio químico Al otro lado, estaba la puerta que daba directamente al jardín. Dave se acercó y en seguida volvió la cabeza hacia Hugh.

—Está abierta, señor.

Hugh Bolton se acercó y miró la puerta. Estaba ajustada, simplemente. Por supuesto que no la tocó. Tras meditar unos segundos, miró a su izquierda. Allí, pegada a la pared, había una gran jardinera hecha con ladrillos, y que contenía varias plantas… Es decir, lo que quedaba de algunas plantas. Dave también captó el olor, miró las plantas y luego, desconcertado, a su superior.

—Están podridas —murmuró, retrocediendo un par de pasos.

Hugh, por el contrario, se acercó más. En efecto, las plantas estaban podridas y bien podridas. Podridas desde hacía mucho tiempo, sin duda alguna. ¿O no? Porque si hubiesen estado podridas desde hacía mucho tiempo, se habrían secado lo suficiente para que el hedor hubiese desaparecido. Olían como si estuviesen recién podridas, pero su aspecto era de vieja podredumbre.

—¿Se te ocurre para qué podría querer el doctor Flannery unas plantas podridas, Dave?

—No, señor. Bueno, quizá se han podrido esta noche…

—Una planta no se pudre así en unas horas.

—Entonces, ya debían estar podridas durante el día de hoy, mientras el doctor Flannery y la doctora Dewey estaban trabajando aquí.

—Ve a buscarla… Pero no le digas nada de esto.

Mientras esperaba a Corby y a la doctora, Hugh se dio una lenta vuelta por el laboratorio, alrededor del gran banco central lleno de

instrumentos y recipientes. Por supuesto, no entendía nada de nada. En la pared de la entrada se habían adosado unas estanterías que estaban abarrotadas de frascos de cristal, de todos los tamaños, con papeles pegados en los que se indicaba la fórmula química de su contenido. Cada una de aquellas fórmulas era un misterio para Hugh, pese a que, por separado, conocía los símbolos de algunas. Pero ¡a saber lo que Reginald Flannery había conseguido con sus mezclas…!

Se detuvo junto al taburete que tenía junto a él. Allí debía sentarse Flannery; o quizá la bella Carol Dewey… La mirada de Hugh, siempre móvil, siempre inquieta, bajó y vio la papelera, debajo del banco.

Se acuclilló y se quedó mirando los papeles arrugados que había en su interior. Tomó uno y lo estiró y alisó. Estaba lleno de símbolos químicos y de fórmulas. Dejó el papel en la papelera, se irguió y buscó el bloc del cual habían sido arrancadas las hojas. Allá estaba. Y el bolígrafo, de oro, con las iniciales R. F.

Se volvió al oír el taconeo de zapatos femeninos; naturalmente, era la doctora Dewey. Tras ella caminaba Dave, mirando la desnuda espalda femenina, que sin duda debía ser muy hermosa… Toda esa ventaja le llevaba Dave: él aún no había visto de espaldas a Carol Dewey.

Ésta no dio tiempo a Hugh a hablar. Su mirada fue hacia la jardinera donde estaban las plantas podridas. Entonces sus ojos se abrieron mucho y su mano derecha subió hasta la boca.

—¡Oh! —gimió más que exclamó.

Hugh miró las plantas, y de nuevo, rápidamente, a Carol Dewey.

—¿Le ocurre algo, doctora?

Ella le miró de nuevo, con expresión desorbitada.

—No… No, no…

—Permítame. —Hugh la tomó suavemente del brazo, y rodearon ambos la mesa, hacia la jardinera; señaló las plantas—. ¿Es esto lo que la ha sobresaltado?

—No, no…

—Yo creo que sí, doctora —dijo amablemente Hugh—. ¿No sabía usted que estas plantas estaban podridas?

—No… No lo sabía, no…

—Eso quiere decir que cuando usted abandonó esta tarde el

laboratorio, pongamos a las seis o seis y media, para arreglarse y marchar a cenar, las plantas estaban sanas, normales. ¿Es así?

—Sí, en efecto… Claro.

—Pues tenemos que estas plantas se han podrido así en… ocho horas, pongamos. ¿No le parece una putrefacción rapidísima? Me pregunto si esto no tendrá algo que ver con los experimentos del doctor Flannery. ¿Lo sabe usted?

—No, señor… No.

—Yo creo que sí lo sabe. Digamos que últimamente el doctor Flannery estaba trabajando en esto, y que por eso usted lo encontraba dormido en el laboratorio muchas noches…, sobre todo últimamente. ¿Es así, doctora?

Carol Dewey se mordió los labios y asintió con la cabeza, sin dejar de mirar las plantas podridas. Hugh miró a Dave.

—¿Han llegado los periodistas?

—Todavía no, pero no creo que tarden en enterarse. Ya es mucho que hasta ahora hayamos podido trabajar tranquilos.

—Sí, ya es mucho. Ve a decirle a Spencer que cuando lleguen los haga pasar al salón; sólo al salón, y que esperen allí. ¿Has dicho algo sobre estas plantas podridas, Dave?

—No.

—Bien. No lo hagas.

—Comprendo, señor.

Dave abandonó el laboratorio. Hugh se quedó mirando con gesto en verdad amable a Carol Dewey. De pronto sonrió.

—La invitaría a fumar, pero creo que es mejor que no lo hagamos; no hay que alterar de aquí ni siquiera los olores… ¿Se encuentra bien, doctora?

—Sí… Sí, sí, desde luego.

—Lo celebro. Tengo otra pregunta para usted. ¿Sabe lo que había en la caja fuerte, aparte del dinero? Por favor, no me diga que no lo sabe. Sería una mentira que me predispondría contra usted, lo cual lamentaría muchísimo.

—¿Por qué? —se sorprendió Carol.

—Porque tendría que detenerla, preventivamente, y eso sería muy desagradable, ya que después de eso, sin duda alguna usted me guardaría rencor, y si alguna vez se me ocurría invitarla a cenar, me rechazaría. ¿No está de acuerdo?

Carol miró sorprendida al teniente de Homicidios, que le había parecido hasta el momento un hombre no sólo correcto, sino incluso serio. De pronto comprendió y sonrió.

—Es usted muy astuto, teniente.

—¿Yo astuto? ¿Por qué?

—Porque está haciendo lo posible por dar a esta situación un cariz… agradable, casi personal. Con lo cual, yo, tranquila y agradecida, abandonaré mi actitud reservada. ¿No es así?

—Bueno —sonrió ampliamente el «lince» de Homicidios—, lo seguro es que usted es una chica inteligente. En efecto, eso estaba intentando. Espero no haberla molestado. Mi intención era buena… y útil. Hay muchas maneras de hacerle comprender a un testigo que, finalmente, nos dirá todo lo que nosotros queramos, pero siempre he preferido llevar mis investigaciones por el lado amable.

—Pues su cara no es amable —saltó Carol Dewey.

—¿Quiere decir que le resulta desagradable?

—¡Oh, no, santo cielo…! ¡Al contrario, me parece usted muy atractivo y agradable, teniente!

Hugh torció un instante el gesto.

—Nuestra complacencia en la cuestión física es mutua… ¿Qué había en la caja, doctora?

—Dinero, los pasaportes de Reginald y el mío, una pequeña pistola de él, alguna joya… Bueno, la verdad es que sólo recuerdo un reloj de oro que le había regalado a Reginald su esposa; ella falleció hace seis o siete años… También estaba el pequeño fichero de Reginald, con todas las fórmulas definitivas que había vendido, o las que había aprobado.

—No entiendo bien esto último.

—Quiero decir que algunas fórmulas eran invención de él, y otras, las que le enviaban para estudiar antes de ponerlas en curso para cualquier producto farmacéutico o industrial.

—Ahora sí entiendo. Y por supuesto, ese fichero se lo ha llevado el asesino. ¿Cómo era?

—Una pequeña caja metálica que cerraba con llave. Reginald colocaba en ella unas fichas de cartulina que contenían las fórmulas.

—Ya. Dice usted que esa caja metálica cerraba con llave. ¿Quiere eso decir que usted, aunque tenía acceso a la caja fuerte, no

tenía acceso a las fichas?

—Claro que sí… La llave estaba siempre en su cerradura o en la misma caja fuerte. En muchas ocasiones, Reginald me enviaba a buscar determinada ficha para hacer comprobaciones con respecto a nuevos estudios.

—Eso nos indica que quien se llevó la caja metálica se llevó también la llave.

—Supongo que sí. A menos que la olvidase en la caja…

—No. La caja está completamente vacía. ¿Conoce usted el domicilio de la mujer que viene a cuidar la casa y a cocinar para ustedes?

—Naturalmente. La señora Palmer y yo conversábamos muchas veces… Podría contarle toda su vida.

—Claro —sonrió Hugh—. Más tarde le indicará a Dave la dirección de la señora Palmer. ¿Qué opina sobre ella?

—¿Sobre la señora Palmer? —Se pasmó Carol; y de pronto pareció horrorizada—. ¡Por Dios…! ¡Claro que no se me ocurriría pensar que ella tenga nada que ver con esto!

—¿Ni indirectamente?

—¡De ninguna manera!

—Bien… Creo que nos estamos desviando un poco de la cuestión principal, si respeto mi intuición, ¿qué ha pasado con estas plantas?

—Pues… han muerto. Están podridas… ¿No?

—Están podridas. Pero ¿por qué en ocho horas?

—No sé…

—¿Usted no las vio cuando pasó por aquí creyendo que el doctor Flannery se había dormido una vez más?

—Ni siquiera pensé en ellas. Al no ver a Reginald sentado en su taburete fui directa hacia la puerta, apagué la luz y salí sin prestar atención a nada.

—Volvamos a las plantas. ¿Está su muerte y putrefacción relacionada con algo que estuviese preparando el doctor Flannery?

Carol Dewey inclinó la cabeza y suspiró.

—Me temo que sí.

—¿Lo teme? ¿No está segura?

—Estábamos trabajando los dos en la fabricación de un gas muy ligero llamado Putrex… Bueno, él lo había bautizado así. Pero cuando yo me fui esta tarde, el trabajo no estaba terminado. La

verdad es que Reginald se molestó un poco conmigo porque abandonase el trabajo, pero él nunca tenía en cuenta mi cansancio… Reginald era capaz de estar trabajando días enteros, comiendo bocadillos y tomando café, y durmiendo a ratos aquí mismo, echado de bruces sobre el banco… Pero yo no tengo su resistencia, y además… Bien, creo que las personas deben también descansar y divertirse… Quizá esté equivocada, pero así pienso.

—Debo decirle que estoy de acuerdo con usted. Veamos…, ¿qué era exactamente ese gas llamado Putrex? La palabra putrex, claro está, me sugiere putrefacción… ¿Debo entender que la propiedad de ese gas era pudrir las plantas?

—Sí. Bueno, lo que Reginald quería conseguir era que el Putrex pudiese corromper toda clase de vida vegetal. Decía que si lo conseguíamos, bastarían unos pocos centímetros cúbicos de gas para aniquilar una extensión de vegetación de cien metros cuadrados. Claro está, a menor cantidad, menor sería la zona de vegetación afectada…

Hugh miró las plantas podridas.

—Parece que él terminó la fórmula en ausencia de usted y que la probó, utilizando quizá una gotita de Putrex en esta jardinera… ¿Le parece factible?

—Claro que sí.

—¿Y qué provecho pensaban que podía obtenerse de ese gas?

—Reginald decía que podía eliminar grandes zonas de maleza con muy reducido costo. Y eso podía ser útil en muchos sitios. Por ejemplo, si se tuviese que construir una nueva carretera en el interior del Brasil, se podría abrir el camino inicial en la selva utilizando adecuadamente pequeñas cargas de Putrex; al pudrirse toda la vegetación, ahorraría mucho dinero en la construcción, tanto en el empleo de material como de hombres. También se podría utilizar para destruir extensiones de plantas parásitas o plantaciones que estuviesen afectadas por enfermedades… Todo puede ser útil, teniente.

Hugh Bolton asintió con la cabeza.

—Aparte de ustedes dos, ¿quién más sabía que estaban fabricando el Putrex?

—Nadie, que yo sepa.

—¿Qué quiere decir?

—De cuando en cuando, Reginald salía de viaje. Iba a Estados Unidos y a Europa. Me consta que allí, en ambos sitios, se entrevistaba con colegas nuestros y, naturalmente, hablaban de cosas de la profesión. A su regreso, Reginald siempre decía que se había enriquecido… Me refiero a conocimientos, no a dinero.

—Ya… Bueno, si él aprendía algo, quizá enseñase algo, ¿no cree?

—Me parecería justo —asintió Carol.

—¿Conoce usted los nombres de esos colegas de ustedes?

—Por supuesto. De la mayoría. Son químicos de renombre, que escriben artículos en revistas informativas especializadas. También Reginald escribía algunas veces para esas revistas.

—¿Cuántos químicos calcula usted que visitaba el doctor Flannery durante sus viajes?

—Ni idea. Él me hablaba de algunos, de los más importantes, pero me consta que tenía muchos amigos de menor categoría a los que mencionaba de pasada. ¡Qué sé yo!… Treinta, cuarenta… No sé.

—¿Le parece posible que el doctor Flannery hablase del Putrex con alguno de esos colegas?

—Hablar, quizá sí —sonrió ceñudamente Carol Dewey—, pero, ciertamente, dudo mucho que Reginald confiase el curso de sus estudios a nadie. Me refiero a los componentes químicos, claro.

—Entiendo. Vamos a pensar con detenimiento, doctora… Supongamos que el doctor Flannery está sentado aquí, en su taburete, y que, por fin, de pronto, termina la fórmula, la completa… ¿Qué cree usted que haría a partir de ese momento?

—Ante todo —dijo rápidamente Carol—, pasar en limpio la fórmula…

—Perdone un momento. ¿Conoce usted esa fórmula?

—No. Conozco algunas de sus partes, ya que le he estado ayudando realizando pruebas paralelas, comprobaciones… ¿Cómo se lo explicaría…? Es como si un gran matemático tuviese un ayudante para resolverle las pequeñas operaciones aritméticas, ¿comprende?

—Lo comprendo, porque algo así creo que hacía Einstein. Entonces, ¿usted no conoce la fórmula en su totalidad?

—No. Y menos aún si la terminó en mi ausencia.

—Claro. Bien, él termina la fórmula, la pasa en limpio… ¿Qué más haría?

—Está bien claro lo que hizo —señaló Carol las plantas podridas—: fabricó el Putrex inmediatamente y lo probó… Y por lo que vemos, esta vez lo consiguió. Siempre me decía que me quedase, que ya lo habíamos conseguido, pero después de bastantes fracasos, la verdad, prefería salir a distraerme por ahí.

—Es lógico. Bien, el doctor Flannery ya ha probado el Putrex y comprueba que por fin lo ha conseguido. ¿Qué más haría?

Carol volvió a reflexionar unos segundos.

—Se iría al despacho, pasaría la fórmula definitiva a una cartulina, y la archivaría. Considerando la importancia que él daba a esto, no creo que tuviese apetito, y mucho menos, sueño. Tenía que estar… gozosamente excitado, si me comprende. No sé… Quizá llamase a alguien por teléfono… No sé. También podía empezar a preparar la presentación de la fórmula para patentarla, o quizá dedicarse a hacer un borrador del artículo que más adelante enviaría a cualquiera de las revistas especializadas… No sé, francamente.

Hugh Bolton permaneció en silencio durante casi un minuto, antes de musitar:

—¿A usted le parece que el Putrex podría servir también, por ejemplo, para corromper, para… pudrir grandes extensiones de trigo, doctora?

Carol quedó atónita. De pronto palideció.

—Oh, Dios mío…

—¿Sí?

—Oh, por Dios… ¡Claro que sí! ¡Santo cielo!…

—Creo que debemos volver a la casa —murmuró Hugh—. Es seguro que los periodistas no tardarán en llegar, o quizá ya han llegado, enterados por fin en el Departamento de que se ha cometido un asesinato… Voy a rogarle, doctora, que no mencione en ningún momento el Putrex. A nadie. Estoy seguro de que me comprende.

—Sí… Creo que sí.

—Gracias. Aunque quizá sería mejor que usted no apareciese ante los periodistas. No —movió la cabeza Hugh—. Ellos se enterarán de que usted vive aquí, y todo lo demás. Es inevitable que

hable con ellos, y es mejor hacerlo cuanto antes y quitárselos de encima, se lo aseguro. A menos que esté cansada.

—La verdad es que ya… ya no sé cómo estoy. ¡Pero desde luego, no podría dormir!

—Es natural. Atendamos, pues, a los periodistas. Luego se las entenderá usted con Dave. Dígale también todos los nombres que recuerde de esos químicos amigos del doctor Flannery, sus domicilios, todo lo que sepa de cada uno de ellos… ¿Estoy abusando de usted?

—No —le miró sonriente Carol—. Ni mucho menos.

—Gracias. —Hugh la tomó nuevamente del brazo—. Salgamos de aquí: quisiera que los muchachos echasen un detenido vistazo por todo esto.

CAPÍTULO III

Hacia las cuatro y media de la mañana, ya con la primera claridad del día sobre el mar, el teniente Hugh Bolton terminó de repasar toda la información que Carol Dewey había facilitado al detective Corby. Los periodistas habían llegado y se habían marchado ya, hacía de ello más de dos horas. En el salón, la doctora Dewey se había quedado dormida en el sofá, quizá arrullada por los murmullos de los dos policías. Los equipos de huellas habían terminado dentro de la casa, pero uno de ellos se había quedado, para examinar el pequeño jardín que rodeaba la villa.

—Esto va a ser un trabajo de mil demonios, señor —susurró Dave Corby—. Investigar a la señora Palmer, y aseguramos de la coartada de la doctora va a ser relativamente fácil, pero nos vamos a volver locos para saber algo de todos estos científicos del continente, y no le digo nada de los de Europa… Un trabajo de chinos, si me permite decirlo así, señor.

—Pues hay que hacerlo, Dave.

—Tendremos que ponemos en contacto con la Interpol.

—Okay. Se hará lo que se tenga que hacer. A mí no me deja nadie un muerto tirado delante de las narices y desaparece tan campante.

—No, señor —sonrió Corby.

Se pusieron en pie, y salieron silenciosamente del salón sin despertar a Carol Dewey. Delante de la casa, un policía estaba prácticamente dormido de pie. Dave le dio con el codo, y Hugh simuló no darse cuenta.

—Entonces, me voy para iniciar todo esto, señor —dijo Dave.

—Sí. Déjale al capitán Travers una nota diciéndole que quiero hablar con él cuanto antes. Luego, ocúpate de que cuando yo llegue

al Departamento tenga en mi mesa todas las huellas e indicios que se han conseguido, las fotografías, el dictamen del doctor Shepard… Ya sabes.

—Sí, señor. Por ahí viene Spencer.

—Ve a lo tuyo.

Dave Corby se marchó con el coche. Hugh caminó al encuentro de Spencer, que aparecía como rodeado de un halo rojizo, debido al sol naciente.

—¿Habéis encontrado algo más? —preguntó Hugh.

—Sí, señor. Las huellas aparecen también en el naranjal.

Spencer se refería a las huellas de zapatos masculinos que habían encontrado en el jardín. Zapatos que, a juzgar por su tamaño, no pertenecían en modo alguno a Reginald Flannery. Las huellas se veían en dirección al laboratorio, y en la puerta directa de éste, la que daba al jardín. También se veían algunas marcas de esos zapatos dentro del laboratorio, y, ya dedicando más atención a ello, y utilizando las adecuadas técnicas policiales de investigación, se habían descubierto parte de esas huellas caminando desde el laboratorio hasta el despacho; pero estas últimas huellas eran muy borrosas, como desvaídas, simples manchitas diminutas de tierra… En el jardín, las huellas habían podido ser rastreadas mucho mejor, e incluso en algunos sitios se veían con tal claridad que se iba a proceder a obtener un molde de ellas.

—¿Qué naranjal? —se sorprendió Hugh.

—El jardín linda al fondo con un naranjal —señaló Spencer—. Hay un muro bajo, de ladrillo. Tenemos la certeza de que el asesino llegó por allí, señor: por el naranjal. Nos hemos asomado al muro, y hemos visto sus huellas entre los naranjos. Por partida doble, además; es decir, las que dejó al llegar y las que dejó al marcharse. Se ven muy claras, en la tierra esponjosa.

—Vamos a ver eso.

Llegaron al fondo del jardín, donde estaba el muro de ladrillo, de metro y medio de altura aproximadamente. Para mirar al otro lado, ni Spencer ni Hugh necesitaban subirse al muro. Se quedaron mirando el naranjal, Hugh sorprendido. Aunque quizá no tenía por qué sorprenderse. ¿Qué tenía de extraordinario un naranjal? Junto a ellos había dos hombres más. Uno de ellos sonrió.

—Huele muy bien, señor.

Hugh asintió. Ya lo había notado. Se sentó en lo alto del muro, con un ágil salto de lado. Spencer le imitó, y señaló hacia la tierra.

—Vea las huellas, señor.

Hugh Bolton estuvo unos segundos contemplando las claras pisadas de aquellos zapatos. Llegaban. Luego, se veían marcadas muy profundamente, en dirección opuesta; es decir, el asesino había saltado, de modo que los pies habían presionado con más fuerza la tierra. Luego, fas huellas se alejaban, adentrándose por entre los naranjos.

—Para saltar esto no hace falta ser un atleta —dijo Spencer—, pero lo seguro es que no lo hace un viejo.

Hugh asintió. Estaba mirando las naranjas, que todavía tenían un tono verdoso. Luego, por entre los naranjos, distinguió la pequeña construcción, blanca, de tejado rojo. Muy pequeña. Más bien parecía una cabaña. En cuanto a la extensión del naranjal, se la podía definir como ridícula, considerarlo casi un huerto casero. Formaba un cuadrado irregular, de unos cincuenta o sesenta metros de lado… La casa estaba en uno de los lados, el más alejado del muro, y por un lado de ella se veía un camino de tierra.

—¿Habéis visto a alguien de la casa?

Spencer le miró boquiabierto. Luego gruñó:

—A las cuatro de la mañana sólo trabaja la policía.

Hugh Bolton le miró amablemente, y añadió:

—Y los delincuentes.

—Sí, señor —mascculló Spencer.

—Ocuparos de obtener los moldes de esas pisadas en este jardín. No acercaros al naranjal.

Saltó del muro, y emprendió el regreso hacia la casa. En el salón, Carol Dewey continuaba durmiendo. Hugh se sentó en un sillón, delante de ella; encendió un cigarrillo, y se quedó mirándola. El rayo de sol que comenzaba a entrar por la puerta-ventana no llegaba hasta la doctora, pero su luz hacía resplandecer como fuego sus cabellos rojizos. Tenía la jugosa boca entreabierta, de modo que se veía la blancura de sus dientes… ¡Qué hermosa era! La mirada de Hugh Bolton descendió del rostro hacia el escote, en el que se veían unas cuantas pecas que contrastaban con la deliciosa blancura de la carne. Tenía los hombros redondos, preciosos…

Hugh Bolton desvió la mirada, y frunció el ceño. A su juicio, no

era el momento adecuado para pensar en lo bonita que era la doctora Dewey. Además, demonios… ¡pura química! Seguramente, si alguna vez tenía niños, les prepararía el biberón de acuerdo con fórmulas especialísimas, tras analizar la leche y todo lo que se le pusiera por delante.

El teniente de Homicidios volvió a fruncir el ceño, y se esforzó en pensar en su trabajo, no en lo bien que se debía estar en compañía de la doctora Dewey, viendo amanecer, y luego llevándole el desayuno a la cama… Él prefería que se lo llevasen, pero había que aceptar la democracia con todas las consecuencias, así que podrían hacerlo una semana cada uno…

—Qué tonterías estoy pensando.

Consiguió dedicarse a reflexionar sobre el asesinato del profesor doctor Reginald Flannery.

Eso fue hasta las seis de la mañana, aproximadamente, en que afuera se oyeron voces, y luego dentro de la casa… Hugh miró a Carol Dewey que, en efecto, se había despertado. Ella le miró desconcertada un instante, hasta que la luz de la comprensión apareció en sus preciosos ojos verdosos. Se sentó rápidamente en postura correcta, y se llevó las manos a los cabellos.

—Me he quedado dormida…

—Teniente… —Apareció Spencer detrás de su vozarrón—. Ya tenemos los moldes, y por ahora diría que hemos terminado. ¿Nos vamos ya?

—Esperadme afuera —refunfuñó Hugh.

La mirada del detective fue de uno a otra, rápidamente.

—Sí, señor —sonrió.

Spencer desapareció. Carol Dewey se pasó las manos por la cara.

—Debo estar horrible —murmuró.

—No puedo estar de acuerdo con usted —movió la cabeza Hugh —. ¿Conoce a sus vecinos?

—¿Qué vecinos?

—Los del naranjal.

—¿Los del…? Ah, sí. Algunas veces, paseando por el jardín para descansar unos minutos del trabajo, me he asomado por la tapia… Son unos chinos. Pero no les conozco. Quiero decir que no hemos hablado nunca, que no nos relacionamos; simplemente, les he visto algunas veces.

Hugh tenía muy prietos los labios cuando preguntó:

—¿Sabe cuántos son?

—No… Yo sólo he visto a un hombre y a una mujer. El hombre es bastante mayor; la muchacha me pareció muy joven. Pero no me pregunte sus edades, porque no podría definirlas.

—¿Llegaron ahí antes o después que ustedes?

—Cuando Reginald compró la villa ya estaban ellos ahí.

El teniente de Homicidios permaneció pensativo durante casi un minuto. Por fin, se puso en pie.

—¿Qué piensa hacer usted el día de hoy? —inquirió.

Carol Dewey se quedó mirándole, mostrando una cálida sonrisa.

—Lo que usted me diga —murmuró.

—Gracias. ¿Podría permanecer en la casa, por si tuviese que recurrir a usted para hacerle algunas preguntas?

—Sí. Naturalmente, no debo entrar en el laboratorio.

—Lo siento.

—Oh, no… Supongo que no me sentarán mal unos días de descanso.

—Es una buena idea. Hasta pronto, doctora.

Ella le tendió la mano; la sonrisa no sólo era cálida ahora, sino dulce…

—La verdad, teniente, no sé si me gusta que usted me llame siempre «doctora». A propósito, ¿cuál es su nombre?

—Hugh —sonrió a su vez éste, reteniendo la mano de Carol Dewey, fina y fresca.

—Pues, hasta pronto, Hugh.

—Hasta pronto, Carol.

* * *

El capitán Travers entró en el despacho del teniente Bolton a las ocho y dos minutos, llevando una cuartilla de papel, que depositó sobre la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Quieres un café? —señaló Hugh la cafetera eléctrica.

—Bueno. No has dormido, ¿verdad?

—No. Y se me han terminado los cigarrillos.

Travers tiró su paquete sobre la mesa, se sirvió café, y se sentó delante de Hugh Bolton, mirándole atentamente, con una cierta

expresión socarrona.

—No me irás a decir que ya sabes quién es el asesino.

—No soy tan rápido —refunfuñó Hugh—. Además, es muy posible que este asunto resulte mucho más complicado que un asesinato que podríamos llamar vulgar.

—¿Qué quieres decir?

—Hay una fórmula de un gas muy ligero llamado Putrex y unos chinos de por medio. Al parecer, unas gotas de ese gas pueden conseguir la putrefacción de una hectárea de terreno cultivado, por ejemplo.

—Explícate bien —parpadeó Travers.

Hugh Bolton procedió a una minuciosa explicación de todo lo que sabía, sin omitir un solo detalle. Cuando terminó, deslizó por la mesa un papel, hacia su superior, indicando:

—Antes de marcharme de allá, me di una vuelta por el naranjal; quiero decir, por fuera. Hice este plano. A la casa se llega por un camino que sale a la derecha de Kolowalu Street. Es un camino de tierra, que luego sigue, como hacia el monte. Había rodadas de coche allí. Y también, saliendo y entrando del naranjal, volví a ver las huellas del asesino. Quiero decir —puntualizó escrupulosamente — del supuesto asesino.

—Cuando menos, sabemos que cruzó el naranjal —dijo Travers, observando el plano y las rayitas que indicaban la ruta seguida por el supuesto asesino—. ¿Qué más tenemos?

—Las fotografías, huellas de la casa, el molde de los zapatos del hombre que cruzó el naranjal… Shepard ha confirmado que murió hacia las diez y media, sin duda alguna. Haciendo unos cálculos quizá un tanto simples y acomodaticios, yo diría que Reginald Flannery tuvo el tiempo justo de terminar de conseguir la fórmula, fabricar una primera dosis de gas y probarlo. Entonces llegó el visitante, le obligó a ir al despacho y, para asegurarse de que no quedaba nada allí, le hizo abrir la caja y se lo llevó todo.

—Me parece notar un tono raro en tu voz, Hugh. El tono que empleas cuando algo no te gusta.

—Echa un vistazo a las fotografías.

Las tendió a Travers, que las fue pasando lentamente, examinándolas con su habitual perspicacia.

—¿Y bien? —las dejó sobre la mesa.

—¿No ves algo raro en ellas?

—Pues… no. ¿Tú sí?

—Sí, pero no sabría decirte qué es.

Travers las volvió a examinar, con el ceño fruncido. Acabó por mover la cabeza negativamente.

—Pues no se me ocurre cómo puedo ayudarte, Hugh. De todos modos, sea lo que sea, tarde o temprano centrarás ese detalle raro.

—Eso espero. Dave está cotejando copias de estas huellas en el archivo, pero no espero encontrar nada que nos ayude. Cabe suponer que un asesino que ha preparado su acción tenga el mínimo de inteligencia para usar guantes.

—En cambio —musitó Travers—, ha dejado huellas bien claras de sus zapatos. Claro —añadió rápidamente—, los dos sabemos que esos zapatos no serán encontrados jamás. ¿No es cierto?

—Es de temer. Ésta es la lista que la doctora Dewey dictó a Dave de químicos y científicos diversos. Algunos residen en el continente, otros en Europa. ¿Te encargas tú de avisar a la Interpol?

—Okay. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Iré a mi apartamento a ducharme y afeitarme. Luego, quizá me interese por el cultivo de naranjas.

CAPÍTULO IV

A Hugh Bolton no le resultó demasiado difícil hacer un cálculo sobre la edad del chino que se acercó lentamente a él al verle junto a la casa: unos cincuenta años. En las Hawaii había muchos chinos, y había tratado con los suficientes para saber incluso algunas palabras en este idioma. Algunos de esos chinos eran ricos. Pero el que se acercaba al teniente de policía no debía serlo. Vestía unos viejísimos pantalones de «denim» y una camisa de colorines; iba descalzo.

Sí, Hugh conocía lo bastante la raza china para apreciar en el acto la inteligencia y el gesto noble en aquel chino que se le acercaba, sonriendo cordialmente, simpáticamente.

—Buenos días —saludó.

—¡Hola! —El chino habló en perfecto inglés—. ¿Es usted de la policía?

Hugh se sorprendió realmente, y no lo ocultó.

—¿Cómo se le ocurre eso? —preguntó a su vez.

—He leído en el periódico de la mañana el crimen de la villa de los millonarios —señaló con el pulgar por encima del hombro—. Aparece en las noticias de última hora.

—Pero eso no me parece suficiente para pensar que yo sea de la policía, señor… señor…

—Lo Wao. ¿Le importa ensuciarse los zapatos de barro?

—No.

—Venga, por favor, señor…

—Hugh Bolton, teniente de Homicidios.

Lo Wao asintió, sonriente, y señaló hacia el interior del naranjal. Olía muy bien, sin duda alguna. La tierra estaba muy bien rastrillada, húmeda por el riego matinal al que debía hacer buen

rato que había procedido Lo Wao. Caminar por entre naranjos fue una nueva y agradable experiencia para Hugh. Cuando pasaba bajo ellos, la sombra era fresca, como perfumada. Estaban muy limpios, muy bien cuidados… En realidad, parecían formar parte de un cuadro perfecto, idealizado.

—Son naranjas de China —dijo Lo Wao, captando su complacencia—: no demasiado grandes, pero de muy buena calidad. Si se saben cultivar, sus frutos son dulcísimos. Tengo aquí unos trescientos árboles, que son los que han quedado de los quinientos que compré a un exportador chino.

—¿Vive usted de lo que producen estos naranjos?

—¡Claro que no! Es decir, todavía no. Estoy probando la aclimatación, y si todo va bien, dentro de poco podré disponer de muchos más naranjos, hijos de éstos. ¿Me comprende?

—Supongo que sí —sonrió Hugh.

—Lo malo es el terreno. Todo es muy caro aquí… Para vivir de las naranjas tendría que ser propietario de una gran extensión de terreno. Además, está el tiempo… Tiene que pasar bastante para que los árboles den fruto en la forma adecuada. Y finalmente, está el asunto dinero: para conseguir una extensión de terreno como la que me gustaría, debería tener muchos miles de dólares.

—¿Y no los tiene?

—Todavía no —casi rió el chino.

—¿Pero espera tenerlos pronto?

—¿Pronto? No creo… La cosa va para años. Mi hija y yo trabajamos en otras cosas en Honolulú. Ella gana un sueldo bastante aceptable, y con el tiempo iremos reuniendo una cantidad adecuada. Como ella es muy joven, y yo no me siento viejo, no tenemos una prisa excesiva… Por otro lado, ese tiempo me permitirá estudiar detenidamente la aclimatación en estas tierras volcánicas de las naranjas chinas.

—Parece que sabe usted lo que quiere, señor Wao.

—Solamente los desdichados caminan por la vida sin un objetivo determinado —sentenció el chino.

—¿Eso lo dijo Confucio?

—No —volvió a reír Lo Wao—: lo digo yo. Pero es posible que antes lo dijese Confucio. ¿Por qué no? Quisiera hacerle una aclaración, teniente: tanto mi hija como yo somos ciudadanos

norteamericanos. Yo, por adopción; ella, por nacimiento.

—Entiendo. ¿Cómo se llama su hija?

—Margaret Wao —rió de nuevo Lo Wao—. Sus amigos la llaman Daisy. Yo la llamo Mai Sin, que es el nombre de una flor china parecida a la que ustedes llaman margarita… Bien: aquí están las huellas.

—¿Qué huellas? —Se hizo el ignorante Hugh.

—Las que usted y otros hombres estuvieron mirando esta madrugada desde lo alto del muro que separa a los pobres de los ricos.

—¿Nos vio usted? —Alzó las cejas Hugh.

—Así es. Y no por casualidad. Casi todos los días me despierto al salir el sol. Esta mañana sucedió así, y cuando iba a salir de la casa, les vi a ustedes. Me quedé dentro, pues no sabía qué podía pasar, y yo soy un hombre poco dotado físicamente. Uno nunca sabe… Pero al leer más tarde lo del crimen, comprendí que ustedes tenían que ser policías. Y al verle ahora, le he reconocido.

—Comprendido… —sonrió Hugh—. Y dígame, señor Wao: ¿para qué se levanta usted tan temprano?

—Para pintar. ¿Le gustaría ver algunos de mis cuadros?

Hugh Bolton parpadeó.

—Más tarde, quizá. ¿Le importa que eche un vistazo por aquí?

—Si se fija usted, teniente, verá que toda la franja de terreno donde hay pisadas, no la he regado. Ha sido un poco molesto, pero sabía que la Policía vendría.

—Ha sido usted muy amable… Y muy previsor, señor Wao.

—Soy persona que gusta de tener amigos en todas partes. Y tener amigos en la Policía no debe ser mala cosa.

Hugh Bolton frunció el ceño, sonrió y movió la cabeza, todo al mismo tiempo. Luego, se dedicó a mirar las pisadas marcadas en la tierra esponjosa. Con la vista, las siguió hasta el muro; luego, desplazándose un poco, las fue mirando hasta que llegaron al borde del camino. No había tapia que separase el naranjal del camino.

—Por pura rutina —murmuró— me gustaría obtener moldes de estas huellas, para compararlos con los que hicimos en la villa del doctor Flannery.

—No necesita ningún permiso especial para ello. Sólo dígame cuándo podré regar esta franja.

—¿Les ocurrirá algo malo a sus naranjas de la China si no las riega hasta mañana?
—Claro que no.
—Pues ése es el plazo, señor Wao. Más tarde, vendrán mis compañeros a hacer el trabajo. ¿Conocía usted al doctor Flannery?
—De vista, sí. Le vi algunas veces, desde la escalera.
—¿Qué escalera?
—Una escalera de mano. La coloco junto a un naranjo, y si creo que hay que podar, podo; si creo que hay que arrancar alguna naranja, la arranco… Al estar en lo alto de la escalera veo parte del jardín vecino. Supongo que el doctor Flannery era aquel caballero de cabellos grises, delgado, de rostro flaco y pálido… Casi siempre le veía con bata. ¿Era médico?
—No exactamente. Era químico. Investigador.
—Ah… Vaya, quizá si lo hubiese sabido antes habría ido a preguntarle si conocía algún abono especial para mis naranjos. ¿Eso habría sido posible?
—Lo ignoro. ¿A quién más veía usted desde la escalera?
—A una mujer de unos cincuenta años, y a una joven muy hermosa, de cabellos rojos. Muy esporádicamente, entienda usted. A quien veía con más frecuencia era a la joven de los cabellos rojos, pues muchas veces se ponía a mirar mis naranjos desde el otro lado del muro, fumando. Cabellos rojos… ¿Se da cuenta? ¡No creo que haya en toda China una sola mujer con los cabellos rojos! En cambio, es frecuente en las norteamericanas, y en general en la raza blanca. ¿Por qué debe ser eso?
—No tengo ni la menor idea —casi rió Hugh—. ¿Su hija está en casa, señor Wao?
—A punto de marcharse a trabajar. Como usted comprenderá y perdonará, ahora debe estar mirándonos por alguna ventana.
—Una curiosidad muy natural. ¿A qué se dedica su hija, si puedo saberlo?
—¿Es usted casado, teniente?
—No —se desconcertó Hugh—. No, no.
—Lástima. Quizá se hubiese convertido en cliente de mi hija. Bueno, no usted, sino su esposa. Mai Sin es visitadora de una importante firma de cosméticos femeninos, la casa Norah May… ¿La conoce usted?

—Pues, hasta el momento, no uso cosméticos… de ninguna clase.

Lo Wao se echó a reír. Sus pequeños ojos negros e inteligentes parecían estar valorando sin cesar al rubio teniente de Homicidios, que le llevaba la cabeza holgadamente de altura.

—No parece que los necesite, de todos modos —exclamó por fin—. ¿Quizá desea usted conocer a mi hija? Puedo invitarle a café.

—Acepto las dos cosas.

Cuando entraron en la casita, Mai Sin estaba en el pequeño saloncito, de espaldas, inclinada para tomar un gracioso maletín que había sobre un sillón. Solamente al verla de espaldas, Hugh comprendió que se había equivocado en su instintiva idea de que iba a conocer a una campesina china más o menos exótica. Por de pronto, las piernas eran bellísimas, realzada su esbelta forma por los altos tacones cuadrados de los zapatos. La melena, negra y lisa, llegaba un poco más abajo de la línea de los hombros.

Cuando Mai Sin se volvió, moviendo la cabeza hacia un lado en gracioso gesto para echar los cabellos hacia atrás, Hugh Bolton notó una especie de golpe en el corazón; algo fulminante y brevísimo.

—Mai Sin —dijo su padre, en inglés—, este caballero es el teniente Bolton, de Homicidios. Es uno de los hombres que te dije había visto esta madrugada en el muro. Teniente, mi hija Margaret.

—¿Cómo está usted? —sonrió la muchacha.

Hugh Bolton estaba petrificado, fascinado. Ante él tenía los ojos más grandes, negros y hermosos que había visto en su vida, con el inevitable destello del enigma de su raza en el fondo. Eran tan hermosos y puros, tan limpios, que Hugh tuvo que hacer un esfuerzo para dedicar atención al resto del rostro, de forma ovalada, barbilla suave, boca redondeada y de tono rosado. La nariz era recta, perfecta. La garganta parecía el tallo de una flor… El escote descendía discretamente en el vestido de tono amarillo oscuro que moldeaba un cuerpo fino, delicado, de formas dulcísimas.

—Bien —casi gritó de pronto Hugh—. ¡Estoy muy bien, gracias! ¿Y usted?

—También, gracias —sonrió Mai Sin.

Los tres se habían dado cuenta de que él acababa de preguntar una tontería, pero los Wao parecían muy educados. Y con gran sentido del humor y la simpatía.

—Lo celebro —masculló Hugh—. Lo celebro mucho.

—Es usted muy amable.

—¿No quiere ver mis cuadros? —propuso Lo Wao, riendo.

—Sí. Sí, sí… Bueno, después. Sólo quería hacerles un par de preguntas más, y así su hija podrá marcharse a trabajar… No quisiera perturbarla en sus negocios.

—Mis negocios son muy simples, teniente —le miraba con curiosidad la chinita—: tomo mi maletín, me voy al centro dos días por semana y tres por la periferia, y voy llamando de casa en casa ofreciendo los productos Norah May, que sólo se venden directamente al público.

—Ya, ya, ya… Sí, entiendo.

—¿Qué preguntas quiere hacernos?

—Mmm… Sí, eso es: ¿vieron a alguien anoche, cruzando el naranjal?

—No. Anoche estuvimos viendo televisión hasta las once, y luego nos acostamos. Yo estuve leyendo hasta las doce, aproximadamente. Pero no vi ni oí nada en el naranjal.

—¿Y usted, señor Wao?

—Muchacho, yo pude aguantar hasta las once de puro milagro. Cuando caí en la cama, me quedé dormido. No olvide que me despierto al amanecer.

—En ese caso, quizá no debió quedarse hasta tan tarde viendo televisión.

—Todos tenemos programas favoritos —sonrió Lo Wao.

—Por supuesto.

—¿Cuál es la otra pregunta, teniente? —inquirió Mai Sin.

—¿Cuál otra pregunta?

—Dijo usted que quería hacernos un par de preguntas, y sólo ha hecho una.

—Sí, es cierto. En realidad, quería preguntarles si estaban anoche en casa, y en este caso si habían visto a alguien cruzar el naranjal hacia las diez y media de la noche. Pero con su respuesta todo ha quedado contestado, señorita Wao.

—Entonces, ¿puedo irme ya?

—Sí, claro… ¿Tiene usted coche?

—Así es. Un pequeño coche de fabricación alemana, que acostumbro dejar en Kolowalu. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno… La hubiese llevado al centro con mi coche.

—Se lo agradezco mucho, pero no es necesario. ¿Puedo marcharme?

—Sí, naturalmente.

Margaret Wao no tendió su mano a Hugh Bolton. Simplemente besó a su padre, sonrió al policía y salió de la casita. Hugh quedó como clavado al suelo, la mente en blanco. Hasta aquel momento, el día le había parecido soleado y hermoso, pero de pronto pensó que todo estaba triste y oscuro…

—… No está obligado.

—¿Eh? —Miró a Lo Wao—. Perdone. ¿Qué decía?

—Digo que no está obligado a ver mis cuadros, desde luego. Y no es que pretenda abusar, pero quizá hasta me compraría alguno… Ése es mi negocio, teniente.

—¿Vende usted cuadros?

—Así es.

—Les veré con mucho gusto.

La casita tenía tres diminutas habitaciones. Dos de ellas estaban destinadas a dormitorios. En la otra, las paredes estaban atestadas de cuadros, de diferentes tamaños. Lo Wao abrió completamente la ventana, y la habitación se llenó de luz. Hugh Bolton quedó atónito ante la belleza de los cuadros, la mayoría de ellos amaneceres con flores o con naranjos; algunos mostraban solamente flores, o pájaros, o flores y pájaros, o el mar… El colorido, en suaves tonos verdes, naranjas, azules y blancos exclusivamente, daba la sensación de ofrecer algo tan delicado que podía romperse con sólo tocarse.

—Pero… ¡Estos cuadros son magníficos! —exclamó.

—Son atractivos, nada más —murmuró Lo Wao—. Carecen por completo de genialidad, teniente. Son bellos, graciosos, decorativos, atractivos, agradables, sedantes… Pero no son magníficos. Dentro de cien años, su precio será proporcional al poder adquisitivo del dinero, el mismo que ahora. No sé si me comprende.

—Creo que sí. ¡Pero son muy agradables!

—Eso sí.

—¿Cuál es su precio?

—Si me pagasen mil dólares por uno de ellos, me consideraría un hombre afortunado. Generalmente, los vendo por menos. Para

usted, quinientos, sea cual sea el que elija.

—Bueno… Me temo que no llevo esa cantidad encima…

—Si uno no puede fiarse de un policía…, ¿de quién va a fiarse, teniente?

CAPÍTULO V

—Entonces…, ¿descartamos a los chinos? —preguntó Travers.

—No he dicho eso, James —protestó Hugh Bolton—. Pues yo no he entendido otra cosa.

—El cuadro es muy bonito —dijo Spencer—. ¿Verdad, Dave?

—Sí —sonrió Dave Corby—: muy bonito, de verdad.

—¿A qué se debe el cachondeo? —Gruñó Hugh.

Los dos detectives enrojecieron, y se quedaron sin saber qué decir, amedrentados. El capitán Travers alzó una mano.

—Vamos, Hugh, no te metas con ellos. Además, el cuadro es bonito de verdad, hombre.

—Pues si tanto os gusta, Lo Wao tiene más. Seguramente os los dejará al mismo precio que a mí. Puedo ir allá y traeros un par de cuadros a cada uno.

—Con lo que el chino y su hija se irán acercando a su gran posesión de naranjas de la China —asintió Travers, conteniendo la risa—. Está bien, hablaremos sobre eso. Ahora, dime qué has querido decir sobre esos simpáticos chinos, padre e hija.

—Digo que si han sido ellos, no ha sido por cuestiones que nos atañan a nosotros, seguramente. Quiero decir, a la Policía.

—Interesante teoría. ¿Por qué no?

—Lo que han robado son fórmulas químicas, ¿no es así? Han matado a un hombre para conseguirlas. Esto no lo hace un ladrón o asesino vulgar. Tiene que ser alguien que entienda de estas cosas.

—Estamos en contacto con Washington y con París para…

—Aparte de un científico —atajó Hugh—, puede haber sido un espía.

—¿Un qué? —Se pasmó Dave.

—Un espía —masculló Hugh—. Ese maldito Putrex podría

acabar con la cosecha de grano de Estados Unidos, por ejemplo, en poco tiempo. O con la de Rusia… Eso podría hacernos pensar en una acción del servicio secreto chino.

—¿Quieres decir —intervino Travers— que China podría querer el Putrex para arruinar la agricultura de otros países?

—Podría ser, ¿no? En ese caso, Lo Wao y su hija quizá estén involucrados en el asunto. Sólo que entonces la investigación quizá sería mejor llevada por la CIA o el FBI.

—¡Caray! —exclamó Spencer—. ¡Eso sí que sería complicar las cosas!

—La idea no es mala —murmuró Travers—, pero a mí me parecería todo demasiado evidente, Hugh. Quiero decir que si los chinos hubiesen andado tras el Putrex no creo que hubiesen utilizado a un chino que se dedica a cultivar naranjas de la China y a su hija, que también es china. Por lo demás, ¿crees que ellos no han asesinado a Reginald Flannery?

—No me imagino a Lo Wao ni a su hija dentro de los zapatos cuyos moldes hemos conseguido —refunfuñó Hugh—. Y no me digas que uno de ellos pudo ponérselos para ir y venir. ¿Cuál ha sido el cálculo del peso de la persona que utilizó esos zapatos, Dave?

—Unos noventa kilos.

—Todo un ejemplar. Noventa kilos… Naturalmente, alto y fuerte, incluso ágil. Y eso es todo lo que sabemos: que era un hombre de unos noventa kilos, si las impresiones en la tierra no mienten. Maldita sea… ¿Cómo vamos a basar una investigación como ésta en la búsqueda de un hombre alto, fuerte y ágil que pese unos noventa kilos?

—Es una descripción —sonrió Travers— que incluso te va bien a ti.

—Muy gracioso. —Hugh se puso en pie, encendió un cigarrillo y se quedó mirando hacia la mesita auxiliar adosada a la pared, donde se veían ropas y calzado—. ¿Ésas son las cosas que llevaba puestas el doctor Flannery?

—Sí. Las trajimos de la Morgue cuando usted no estaba —dijo Spencer—. El cadáver ya puede ser enterrado. Quizá la doctora Dewey quiera encargarse de ello. Al menos, eso entendí, ¿no es así, teniente?

—Supongo que sí —asintió Hugh—. ¿Nada de los de Huellas, ni en Balística?

—No hay huellas con antecedentes entre las que se tomaron en la casa —negó Dave—. Tampoco consta la pistola que fue utilizada. Una «Colt» del 45, en efecto.

—O sea, que no tenemos nada de nada.

Nadie contestó. James Travers contemplaba con cierta socarronería a Hugh, sin darle importancia a su creciente irritación. Por lo general, Hugh Bolton tenía mal carácter, que empeoraba cuando empezaba a admitir la posibilidad de que un asesino se le escapase. Lo cual, hasta la fecha, no había sucedido, por lo que el capitán Travers se lo tomaba con calma, esperando el pase mágico de Hugh, tras el cual le mostraría al asesino.

Hugh se acercó a la mesita auxiliar y estuvo unos segundos removiendo las ropas: la bata blanca y la camisa, ambas perforadas por las balas, manchadas de sangre que se caía como barro seco; los pantalones; los calzoncillos; los calcetines; los zapatos… En un lado se veían los objetos que Reginald Flannery había llevado en los bolsillos: un pañuelo, un encendedor, etiquetas en blanco muy arrugadas, un paquete de cigarrillos también arrugado… Eso era todo.

La mirada de Hugh Bolton quedó fija en los zapatos, pensativa. De pronto, apareció un destello en sus ojos. Miró rápidamente de un zapato a otro. Eran casi nuevos, negros. Lo bastante nuevos para que le llamase la atención el pequeño despellejamiento en la puntera de uno de ellos. Lo tomó, y lo miró más de cerca. Sí, era un pequeño despellejamiento…

—Se me olvidaba —oyó de pronto la voz de Travers—: la doctora Dewey te llamó, Hugh.

Hugh dejó el zapato, y se volvió, lentamente.

—¿Qué quería?

—No lo dijo. Le aseguré que la llamarías en cuanto volvieses, porque me pareció que quería hablar precisamente contigo.

—Y respecto a la doctora —dijo Dave—, ¿por qué no ella?

—Ella…, ¿qué? —Le miró Hugh.

—Pu-pues… Bueno, quiero decir que… quizá deberíamos sospechar de ella.

—Ya sospeché de ella —admitió de mala gana Hugh—. Esta

madrugada estuve en el garaje y encendí la luz del laboratorio, para ver si, en efecto, se veía la luz por debajo de la puerta que separaba estas dependencias. Se ve la luz. También, desde el vestíbulo, a los pies de la escalera que lleva al piso de los dormitorios, se ve la luz del despacho por debajo de la puerta. Esto aparte, creo que se han comprobado sus palabras, ¿no es así? Y finalmente: ¿te imaginas a la doctora Dewey pesando noventa kilos?

—Pudo ser un cómplice, señor.

—¿Un cómplice que obligase al doctor Flannery a abrir la caja fuerte? ¿Para qué, si la doctora podía facilitarle la combinación?

Dave Corby se rascó la nuca.

—Era una sugerencia —refunfuñó.

Hugh Bolton estuvo unos segundos más mirando el zapato que tenía en las manos. Acabó por encogerse de hombros, dejar el zapato y dirigirse hacia la puerta.

—Voy a visitar a la doctora Dewey, a ver qué quiere.

—Te olvidas el cuadro —sonrió Travers.

* * *

La doctora Dewey entró precipitadamente en el salón, mirando a todos lados. Al ver a Hugh, que se ponía en pie, sonrió y se acercó a él, tendiéndole la mano.

—Lo siento —se disculpó—. Pensé que cuando le diesen mi recado me llamaría, no que vendría, Hugh.

—No tiene importancia. Además, mientras la he estado esperando, he tenido tiempo de reflexionar.

—¿Ha conseguido algo?

—No. Tan sólo he decidido que mañana retiraremos al policía que hay de vigilancia en la casa y que, por el momento, dejaremos precintado el despacho y el laboratorio. Espero que eso no la perjudique demasiado.

—La verdad es que no lo sé… No sé qué hacer. Como le dije, no creo poder atender yo sola a los clientes de Reginald, así que tendré que marcharme y buscar otro empleo. Claro que no tengo prisa… Reginald me pagaba muy bien. ¿Puedo permanecer en la casa hasta que tome una decisión?

—No creo que haya inconveniente, mientras en el juzgado se encargan de estas cosas. Al no tener familia el doctor Flannery,

supongo que todo será un poco complicado; pero esas cuestiones ya no afectan a mi trabajo. ¿Qué quería usted decirme?

—Ah, sí. Bueno, hice otra pequeña lista de amigos de Reginald: dos europeos y cuatro norteamericanos. Los fui recordando, y me pareció que usted querría conocer esos nombres.

Hugh Bolton podría haber dicho que conocer más nombres sólo iba a significar más trabajo para la Policía continental y para la Interpol, pero sonrió amablemente.

—Por supuesto que sí; muchas gracias.

—Tengo la lista en mi bolso. —Carol lo abrió, y le tendió la cuartilla doblada en cuatro.

Hugh se la guardó.

—Yo también tengo un recado para usted. Es respecto al entierro del doctor…

—Oh, precisamente he estado en la Morgue, para ocuparme de ello. Parece que no hay ningún inconveniente en ello.

—¿Ha estado en la Morgue?

—Así es. También he visitado a un par de amigas, pues no sé muy bien cómo se atienden estas cosas, y ellas me han aconsejado. Supongo que no estoy haciendo nada incorrecto.

—Claro que no.

—¿Cómo… cómo van sus investigaciones?

—Mal —gruñó Hugh—. Pero no es la primera vez que me ocurre… y siempre termino el trabajo.

Carol Dewey asintió y quedó pensativa, triste el gesto.

—Pobre Reginald… Era un pesado con el trabajo, pero un buen amigo. Inteligente, comprensivo… Hay momentos en que pienso que todo esto es una pesadilla, que no ha ocurrido realmente.

—Comprendo su estado de ánimo. —Hugh le palmeó afectuosamente una mano—. Y pienso que quizá no debería quedarse sola esta noche.

—No sé si entiendo bien su sugerencia —sonrió Carol, reteniendo la mano de Hugh—. ¿Quizá teme que a mí me ocurra algo?

—No es eso, no… Ya le digo que esta noche todavía tendremos ahí fuera a un par de agentes. Quería decir que en su estado de ánimo mejor estaría acompañada por alguien que sola.

—¿Y quién podría acompañarme… durante toda la noche?

—Estoy tratando de decir —sonrió Hugh— que quizá sería más tranquilizador para usted pasar la noche en casa de alguna amiga.

—Aaaah… No, gracias, Hugh, puedo pasar sin esa clase de compañía. —De pronto, se colgó de su cuello y le besó rápidamente en los labios; Hugh quedó inmóvil; los dos estuvieron silenciosos unos segundos, hasta que ella alzó la cabeza para mirarle de nuevo —. No quisiera, sin embargo, que interpretases éste beso como una elección de compañía por mi parte para esta noche.

Hugh Bolton se quedó mirando los hermosos ojos verdes de Carol. Luego, poco a poco, fue acercando su boca a la de ella, que cerró los ojos y entreabrió los labios. Esta vez el beso fue en serio, largo y profundo, hasta que ella se apartó, suspirando…

—Tengo que irme —musitó Hugh.

—Creo que… es lo… lo adecuado…

—Dime una cosa: ¿te importa mucho la química?

—Estoy segura —susurró ella— que puedes ofrecerme algo mucho más hermoso que la química, Hugh.

—Espero que sí. Dame unos días para terminar este asunto, y volveremos a hablar de la química y mi contraoferta. ¿Sí?

Carol Dewey dio la respuesta con otro beso, de tal magnitud que cuando Hugh Bolton salió de la casa, todavía notaba el bombeo de su sangre a un ritmo tremendo. Así es la vida: mientras unos lo pierden todo, otros encuentran algo maravilloso…

* * *

—Maravilloso —no salía de su asombro Lo Wao—. Maravilloso, increíble e innecesario, teniente… ¿Ha venido a estas horas sólo para pagarme el cuadro?

—Bueno, no me pareció que fuese demasiado tarde… Son sólo las diez menos cuarto, señor Wao. Oh, bien, no pensé que quizá esta noche vaya usted a acostarse más temprano que anoche. Lo siento.

Todavía en el umbral, Lo Wao miró el rollo de billetes que Hugh le había entregado como pago del cuadro. Estuvo así unos segundos, inescrutable el rostro. Por fin se apartó, musitando:

—Pase, teniente. Sea lo que sea que realmente haya venido a hacer usted aquí, no tengo por qué dificultárselo.

—Bueno, le aseguro…

—Por favor, pase. ¿Café? ¿O prefiere *whisky*?

—Pues…

Margaret Wao apareció en el pequeño recibidor, con una pregunta en los ojos, que pareció quedar contestada al ver al policía.

—Me pareció oír su voz —dijo—. ¿Ocurre algo?

Hugh Bolton tardó un poco en responder. Margaret Wao llevaba ahora una blusita anudada a la altura del ombligo y abierta de modo generoso.

Además de esto, la muchacha llevaban unos «tejanos» cortos y deshilachados por los bordes; estaba descalza, y sus pies se veían sucios de tierra. Sus piernas eran tan bellas que Hugh no acertaba ni siquiera a parpadear.

—He venido… a pagar el cuadro que le compré a su padre.

—Me parece muy bien. —Margaret abrochó dos botoncitos de la blusa—. ¿Quiere tomar algo?

—No quisiera molestar…

—Lo quiera o no —ella le miraba fijamente—, usted ha venido aquí por algo concreto, teniente; algo que no es, ciertamente, pagar a mi padre. Nos entenderemos mejor si hablamos francamente, ¿no está de acuerdo?

—Sí —gruñó Hugh.

—¿*Whisky* con hielo?

—Tomaré un poco. Sólo un poco. En realidad, he venido a ver la televisión.

Padre e hija se quedaron mirándole, seguramente sin comprender, pero tampoco aparecían sorprendidos. Estaban inescrutables, eso era todo.

De pronto, la muchacha sonrió divertida.

—No me diga que esta noche dan su programa favorito.

—No. Pero me gustaría ver la televisión aquí, tal como la estuvieron viendo ustedes anoche. Quiero decir que me gustaría… que todo estuviese igual que anoche, tanto dentro como fuera de la casa. No están obligados a complacerme.

—Usted me ha comprado un cuadro —sonrió Lo Wao—. Y nosotros somos personas agradecidas. Además, lo que usted nos está pidiendo es muy fácil.

Fue, en efecto, muy fácil. Entraron en el pequeño saloncito, y Mai Sin le sirvió a Hugh *whisky* con hielo, tras señalarle un sillón.

Lo Wao estaba sentado en el otro sillón. La muchacha pasó a sentarse en un extremo del sofá, tras el cual estaba la ventana que daba al naranjal.

—Es un buen *whisky* —murmuró Hugh.

—Lo compré esta tarde, antes de volver a casa —dijo Mai Sin—. Eso, a pesar de que mi padre y yo no bebemos *whisky*.

—Entonces…, ¿por qué lo compró?

—Pensé que usted volvería.

Hugh se quedó atónito ante la respuesta de la muchacha, y no supo qué decir. Ni siquiera se le ocurrió qué pensar, respecto al interés de Mai Sin por agasajarlo.

—Me gustaría acostarme pronto hoy —dijo Lo Wao, sonriendo simpáticamente—. ¿Será eso posible, teniente?

—Bueno, en realidad, si usted no hizo nada más que estar sentado aquí viendo la televisión, no veo necesario molestarle más.

—Pues eso es todo lo que hice, se lo aseguro.

—En ese caso, buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches, papá —se acercó Mai Sin a besarle.

Lo Wao abandonó el saloncito, hacia los dormitorios. Mai Sin volvió a sentarse en el mismo sitio del sofá, y miró a Hugh, que tenía su atención puesta en la pantalla. O lo parecía; al menos, miraba a la pantalla.

—¿Y cuál es su programa favorito, teniente?

—Mi programa favorito —la miró Hugh— son las películas policiacas en las que la Policía detiene siempre al asesino.

—Lo comprendo —sonrió ella—. ¿Quiere más *whisky*?

—No, gracias. —Hugh miró su reloj—. En realidad, puesto que ya es de noche, lo mismo da que sean las diez y media que las diez. Quedamos, pues, en que ni usted ni su padre vieron ni oyeron nada especial, anoche.

—Exacto. Sólo televisión.

—Bien. Voy a salir ahora de la casa, señorita Wao. Puede que tarde quince minutos en regresar. Mientras tanto, usted, simplemente, siga viendo televisión… Hágalo todo igual que anoche, por favor.

—Será fácil: sólo tengo que permanecer aquí sentada.

Hugh Bolton asintió con la cabeza, se puso en pie y salió del

saloncito. Segundos después salía de la sala, cerrando la puerta. Al salir, a su derecha quedaba la ventana que estaba tras el sofá en el cual estaba sentada Mai Sin. Por la ventana salía hacia el jardín la luz de la lamparita de mesa y, algo, el resplandor de la pantalla del televisor. La luz, por supuesto, llegaba hasta el naranjal, cuyos primeros árboles estaban muy cerca de la casa.

Se introdujo en el naranjal, caminando cuidadosamente y dirigiendo hacia la tierra el rayo de luz de su pequeña linterna, hasta llegar al lugar donde todavía se veían las pisadas del asesino… Entonces apagó la linterna y se volvió hacia la casa. El resplandor que salía de ésta por la ventana le daba de lleno, podía verse muy bien a sí mismo, como a franjas, debido a los troncos de los naranjos, más bien finos.

Ya no importaba estropear las huellas, así que, pisando sobre éstas, se acercó al muro. Llegó a éste, y se quedó mirando al jardín de la villa de Reginald Flannery. De un salto se colocó en el borde del muro, quedando a horcajadas. Estuvo cuatro o cinco minutos allí, mirando del jardín al naranjal y viceversa. Volvió a saltar y emprendió el regreso, siempre pisando sobre las huellas. Sí, debían corresponder a un hombre de su peso y estatura. Quizá incluso más, pues tenía los pies un poco más grandes. O al menos los zapatos, lo que no era lo mismo…

Mientras pasaba por delante de la ventana, la luz volvió a hacer visible al teniente de Homicidios. Llegó al camino, estuvo allá un par de minutos y finalmente volvió a la casa. Empujó la puerta, entró, y fue al saloncito. Mai Sin volvió la cabeza hacia él.

—Hola. ¿Ya ha terminado?

—Por hoy, sí. Puede decirle a su padre que mañana no deje de regar sus naranjos. Ya no importa.

—Se lo diré, aunque me parece que no los riega todos los días.

—Estoy seguro de que sabe lo que hace. Bien, señorita Wao, buenas noches. Gracias por todo…

—No ha terminado su *whisky* —se puso en pie Mai Sin.

Tomó el vaso y se acercó a Hugh, que movió negativamente la cabeza.

—La verdad es que no me apetece tomar más *whisky* —musitó.

—¿Le apetece alguna otra cosa?

—Sí, pero dudo mucho que usted estuviese de acuerdo con ella:

lo que me gustaría es besarla, señorita Wao.

—¿Por qué? —susurró ella.

—Cabe pensar que ese deseo sólo tiene una explicación: me gusta usted.

—¿A pesar de ser china?

—No parece china… Sólo una hermosa muchacha de cabellos y ojos negros, dulce, con la boca como una flor. Por otra parte, muchos norteamericanos, y otros muchos hombres, no han tenido inconveniente en besar e incluso casarse con muchachas chinas, japonesas, thailandesas, coreanas… Debo confesar que, hasta el momento, esto me tenía un poco perplejo. No hace mucho, uno de los detectives de mi sección se casó con una muchacha nativa; nativa pura, entiéndalo. Yo no he sido nunca racista, pero hasta hace poco todavía no podía comprenderlo.

—¿Y ahora sí?

—No hay mejor experiencia que la que proporcionan las propias vivencias.

—Pero usted aún no me ha besado… ¿Cómo puede saber que le gustaría?

—En realidad, no lo sé. Sólo sé que lo deseo… ¿Puedo, Mai Sin?

La joven estuvo unos segundos mirando fijamente los claros ojos de Hugh Bolton, tan altos por encima de los suyos. De pronto, dio media vuelta y se alejó; dejó el vaso de *whisky* sobre la mesita y volvió ante Hugh.

—Me gustaría proporcionarle una experiencia que le ayudase a comprender a todos esos hombres que se han casado con muchachas asiáticas, teniente. Puede besarme.

—¿Así de fríamente?

—Bueno —sonrió Mai Sin—, yo tampoco sé si va a gustarme besar a un hombre rubio y de ojos claros, así que, en principio, no puedo estar entusiasmada. Probemos.

Hugh rodeó la cintura de la chinita con sus brazos, deslizando las manos hacia las caderas, elásticas, turgentes; subió una de las manos hacia la espalda, y apretó el esbelto cuerpo contra su pecho. Mai Sin había cerrado los ojos y entreabierto los labios, en sencilla oferta.

Al primer contacto, Hugh Bolton encontró fríos los labios de Mai Sin. Pero en seguida se dio cuenta de que no era cierto: no eran

fríos, sino frescos. Frescos como una auténtica flor. Y quizá eran una flor, porque el aliento de la muchacha le pareció perfumado y limpio. Notó en sus mejillas y orejas el también fresco contacto de los brazos de ella cuando Mai Sin se colgó de su cuello; cuando los finos dedos de Mai Sin se hundieron entre los cabellos de su nuca, Hugh Bolton notó como el ramalazo de una sensación cálida. Apretó más el cuerpo de ella contra el suyo, y Mai Sin gimió quedamente, y sus labios parecieron abrirse más, como una auténtica flor recibiendo la luz y el calor del sol.

Los oídos de Hugh comenzaron a silbar, mientras notaba algo así como martillazos en las sienes, y el mundo entero comenzaba a girar, a girar, a girar…

De pronto, Hugh Bolton apartó a Mai Sin, dio media vuelta y salió a toda prisa de la casita entre los naranjos. Mai Sin quedó inmóvil, con los ojos cerrados, la boca entreabierta, un suspiro latiendo en su pecho…

—¿Qué te propones, Mai Sin?

La muchacha abrió los ojos, y se volvió hacia Lo Wao.

—Nada, padre. Nada especial… Me gusta ese hombre.

—Peor todavía. ¿Te das cuenta de que puedes complicarlo todo más de lo que ya está? ¡Y lo está muchísimo!

—Yo lo arreglaré.

—¿Cómo?

—No lo sé aún, padre.

—Si te enamoras realmente de él, estamos perdidos, hija.

Mai Sin se pasó la lengua por los labios, lentamente, como saboreando el recuerdo del beso.

—No —musitó—. Yo lo arreglaré del mejor modo posible, ya lo verás. Anda, vamos a dormir.

CAPÍTULO VI

Hugh Bolton se acostó hacia la una de la madrugada, pese a que aquella noche no había tenido servicio. En realidad, teóricamente, había quedado libre a las ocho de la mañana, pero el caso del asesinato de Reginald Flannery lo había mantenido en activo.

No se arrepentía de ello. Nunca se arrepentía de trabajar. Incluso, a sabiendas de que a las ocho de la mañana siguiente volvía a entrar de servicio, había estado hasta la una repasando las notas que había ido tomando al llegar a su apartamento, mientras devoraba con indiferencia unos cuantos bocadillos y un par de vasos de leche.

A esa hora, a la una de la madrugada, se metió en la cama pensando todavía en sus apuntes. Tenía la impresión de que estaba en el buen camino, pero algo fallaba. Necesitaba algo más, pero no conseguía centrarlo en su mente. Y lo más desesperante era que estaba seguro de que se trataba de algo que había tenido ante sus ojos. Sí, él había visto algo, sabía algo que podía darle la solución a sus intuiciones, pero… ¿qué era?

Cerró los ojos, apagó la luz de la mesilla de noche y se dispuso a pensar hasta que le llegase el sueño. Pensó muy poco… Hasta él mismo había olvidado que llevaba más de cuarenta horas sin dormir y que el sueño, tarde o temprano, siempre vence.

Pero valió la pena dormirse…

Había una enorme extensión de terreno, con miles y miles de naranjos plantados. Naranjos en flor. Estaba amaneciendo, y el sol, rojo, se veía sobre el mar salpicado de largas olas blancas que viajaban cubiertas de blanca espuma que parecía de color naranja… Sí, de color naranja. Eso era… Los naranjos estaban en flor, y muy pronto aparecerían las naranjas. Naranjas de la China. No eran muy

grandes, pero si se cuidaban bien, su fruto sería muy muy muy dulce.

Tan dulce como los labios de Mai Sin.

Mai Sin estaba tendida junto a él, en la arena de la playa, a la que llegaban las olas con espuma cabalgando en ellas. Mai Sin, debido a la luz del sol naciente, tenía la piel de todo el cuerpo como de color naranja. El cuerpo de él parecía de bronce. Mai Sin le miraba, sonriendo de aquel modo tan suave que, desde el principio, a él le había parecido precisamente como un amanecer. Ella sonreía, y parecía que todo se llenaba de luz. De luz rosada de sus labios, de luz roja de su cuerpo, de luz negra de sus ojos…

—¿Eres feliz, Hugh?

El miraba fijamente a Mai Sin, inclinándose sobre su cuerpo, sobre toda su piel que parecía de color rojo, de color naranja.

—No.

Los ojos de Mai Sin se abrían mucho. La luz desaparecía de ellos, y aparecía la profundísima tristeza.

—¿No he sabido hacerte feliz? —Temblaba su voz—. Entonces debo ser más torpe que las muchas mujeres asiáticas que se han casado con hombres como tú… ¿Vas a pedirme el divorcio?

El besaba entonces a Mai Sin, en los labios, en la frente, en el cuello, en los hombros desnudos, en…

—No es eso —dijo—. Soy feliz contigo, pero no soy feliz con mis recuerdos.

—Entonces, no recuerdes nada y sé feliz conmigo mi amor.

—No puedo evitarlo… Desde el mismo momento en que te llamé Mai Sin en lugar de llamarte señorita Wao, empecé a ser feliz, comprendí que siempre sería feliz contigo. Y lo soy. Poco me importa tener esa mala fama de gruñón y malgeniado en el Departamento, Mai Sin, pero no puedo soportar ser rudo también contigo en ocasiones.

—Oh, mi amor, eso no me importa…

Mai Sin había sonreído de nuevo, y pareció que la luz del sol fuese más intensa, más limpia, más luminosa. Luego, le besó en la boca, con sus labios de flor, mientras él deslizaba una mano por la piel de seda, por la piel de sol.

—Quiero… quisiera explicarte por qué mi carácter es agrio muchas veces, Mai Sin. No se lo he dicho a nadie. En Hawaii, sólo el

jefe del Departamento lo sabe: consta en mi ficha. Hace años, yo vivía en Nueva York y era un muchacho feliz. Era feliz porque no sabía lo que ocurría a mi alrededor. Mi madre había muerto hacía ya mucho tiempo, y vivía solo con mi padre. Para mí, mi padre era un hombre formidable, maravilloso, fantástico. Era mi ídolo. Muchos de mis amigos decían que sus padres eran unos imbéciles, unos cretinos y unos egoístas. Yo no comprendía eso. ¿Cómo se podía hablar así de un padre…? El mío era el mejor del mundo. Yo lo tenía todo. Iba a entrar a estudiar en la Universidad de Columbia… ¿Y sabes qué pasó entonces?

—Fuese lo que fuese lo que pasó entonces, no debe privarte de la felicidad de ahora, Hugh.

—Pues eso es lo que está ocurriendo: lo de entonces quedó para siempre grabado en mi mente, no consigo olvidarlo… Un día, me vino a buscar un policía; un detective del Departamento de Policía de Nueva York. Me dijo que mi padre había muerto…

—¡Oh, Hugh…!

—Espera. He querido decir que le habían matado. Le habían matado unos sujetos que formaban parte de una banda de sinvergüenzas… Mientras iba hacia la Morgue en el coche con aquel detective, éste me fue explicando lo sucedido, pero yo tardé mucho en comprender la verdad. Llegamos a la Morgue, y me llevo a ver el cadáver de mi padre, para que lo identificase. Dije que sí, que era él, y me puse a llorar. Tenía diecisiete años. Hace quince de eso, pero todavía lo recuerdo. Aquel detective era un hombre muy amable, casi cariñoso… Ya era bastante mayor, y seguramente sabía tantas cosas de la vida que había aprendido a ser comprensivo y tolerante. Y hasta cariñoso, sí… Me sacó de allí, y me dijo que iba a llevarme a su casa, hasta el día siguiente. Luego supe que no era esto precisamente lo que debía haber hecho, pero nadie le censuró. Todos le querían. Me llevó a su casa. Vivía solo con su mujer. Tenían dos hijos, pero ambos eran ya mayores, y se habían casado… La mujer del detective era un poco gorda. Me hizo gracia. Era muy buena, sonreía siempre, y me miraba como si estuviese dispuesta a darme todo lo que pidiese… Nos pusimos a cenar, y entonces, justo entonces, comprendí todo lo que el detective me había explicado en el coche. Le miré.

«—¿Quiere usted decir que mi padre formaba parte de esa

banda, y que le han matado por rencillas entre ellos?

»—Así es, Hugh.

»—Mi padre… ¿era un sinvergüenza, un fuera de la ley?

»—Sí. ¿No lo sabías?

Inclinado sobre el bellísimo cuerpo de Mai Sin, Hugh Bolton dejaba de hablar, y miraba hacia la playa y luego hacia las naranjas de la China. Luego, de pronto, volvía a mirar los hermosos ojos de Mai Sin.

—No… No lo sabía, Mai Sin. Pero lo supe entonces, y lo sé ahora, y no puedo olvidarlo…

—¿Por eso te hiciste policía?

—Sí. Me fui de Nueva York, estuve dos o tres años vagando por todos los Estados. Por fin recalé en Los Ángeles y para entonces ya había tomado mi decisión: ser policía. Pero Los Ángeles todavía estaba muy cerca de Nueva York, así que decidí marcharme de allí, muy lejos. Estuve trabajando unos años, ahorrando. Cuando tuve el dinero suficiente me vine a Hawaii y al poco, tiempo ingresé en la Policía. He luchado, trabajado y estudiado más que nadie, siempre pensando en ser el mejor policía del mundo, para aniquilar a todos los que…

—Para mí, ya eres el mejor policía del mundo. Pero… ¿no te gustaría también ser un policía bueno, como aquel que te llevó a su casa aquella noche? ¿No te gustaría, Hugh? Se puede ser un buen policía y una buena persona… ¿No te gustaría?

—No se puede ser bueno con los delincuentes.

—Pero siempre hay muchas facetas en todo, mi amor. Las cosas no son blancas o negras y ya está. Hay otros muchos colores, muchas vertientes, muchas explicaciones. Persigue la delincuencia, pero no seas hostil al ser humano. ¿Por qué eres agrio y malgeniado? Creo que estás en un error. ¿Acaso tu padre era completamente malo? ¿Era malo para ti? ¿Era «malo» o sólo hacía «cosas malas»? Olvida ese resentimiento… Olvídalo todo, Hugh, y ámame… Sólo ámame… como yo te amo a ti…

Cerca había flores de naranjas de la China. Pero más cerca aún estaban los labios y los suspiros de Mai Sin. Estaban los dos solos en el gran naranjal que se extendía hasta la misma playa… Solos bajo el sol que ofrecía un nuevo día, quizá unos nuevos pensamientos. Solos con su amor…

¡Era tan dulce el amor de Mai Sin!

* * *

Mientras Hugh Bolton soñaba agitadamente, una mujer llegaba a pie ante el edificio de apartamentos. Una mujer alta, esbelta, de bellas facciones. Era rubia, y tenía los ojos negros. Llevaba un bolso colgando de su brazo izquierdo. Estuvo unos segundos contemplando el vestíbulo del elegante edificio, en el que había una luz en un rincón, al fondo.

Por fin se acercó. Se colocó ante el panel de botones del portero automático, y apretó el botón del apartamento 4 C. Esperó un poco y lo volvió a apretar. En seguida oyó la voz de un hombre, soñolienta, inquieta:

—¿Quién es? ¿Qué ocurre?

La rubia acercó más su boca a la rejilla del comunicador.

—Soy Loretta —susurró—. Es urgente…

Se oyó una exclamación. En seguida, el chasquido del mando eléctrico que abría la puerta de cristal. Loretta entró en el edificio, directa hacia las escaleras, desdeñando el ascensor, en cuya cabina se veía la luz, a la derecha. Subió rápidamente, ágilmente… No hacía el menor ruido.

Cuando llegó al cuarto piso vio en seguida la raya de luz bajo una de las puertas, y comprendió: el hombre estaba esperando su llegada, para abrir la puerta en cuanto oyese el ascensor. Se dirigió hacia la puerta, y llamó con los nudillos de la mano izquierda, tras empuñar con la derecha la pistola con silenciador que sacó del bolso.

La puerta se abrió en seguida, y apareció el hombre, en batín, abriendo la boca.

—¿Qué…?

No dijo nada más. Se quedó mirando la pistola, que casi llegó a meterse en su boca.

—Adentro —ordenó la rubia.

El hombre del batín cerró la boca; con un gesto duro, seco. Su mirada fue hacia los rubios cabellos de la mujer, y se dio cuenta de que ella llevaba peluca postiza…

—He dicho que adentro —insistió ella, fríamente.

No era Loretta. Pero el hombre del batín volvió a mirar la

pistola, asintió y retrocedió. Ella entró, cerró la puerta y señaló hacia el fondo del pasillo. En pocos segundos estuvieron ambos en el salón. La rubia, que no era Loretta ni era rubia, señaló un sillón, y el hombre se sentó allí, obediente.

—¿Dónde está Patrick? —preguntó la falsa Loretta.

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Le estoy hablando de Patrick Walt. ¿Acaso no le conoce?

—Sí. Pero no sé dónde está, desde anoche.

—Miente. Usted, Seymour Lambert, sabe muy bien dónde está escondido ese cochino de Patrick. El muy cerdo, hizo lo que tenía que hacer con Reginald Flannery, pero luego decidió traicionarme a mí, y vino a traerle a usted lo que se llevó de la caja fuerte… ¿No es así?

—¿Busca usted a Patrick para matarle? —pregunto a su vez Seymour Lambert.

—Desde luego que sí. Nadie se burla de mi como…

—Tranquilícese. Es posible que lleguemos a un acuerdo, ya que ambos estamos… enemistados con Patrick. Podemos ponemos de acuerdo para buscarle. Lo último que sé de él es que, como siempre, fue a vigilar a Flannery por la noche. Y nada más. Es decir lo que sé además de eso lo he averiguado por los periódicos: parece que Patrick, en efecto, mató a Flannery, y se llevó el contenido de la caja. Pero no sé dónde está Patrick, de veras.

—Está mintiendo.

—Claro que no. Pero, dígame: ¿quién es usted, y qué tiene que ver con Patrick? ¿Por qué dice que él la ha traicionado? ¿Quiere eso decir que Patrick Walt tenía algún… convenio personal con usted?

—Así es.

—El muy puerco. Cuando le…

Inmediatamente, Seymour Lambert se dio cuenta de que acababa de cometer un grandioso error al enterarse de que el llamado Patrick Walt le estaba traicionando en beneficio de aquella mujer. Si él sabía eso, lógicamente querría ajustarle las cuentas a Patrick Walt, y la mujer, que quería encontrar vivo a Walt, tenía que comprenderlo así, tenía que comprender que si Seymour Lambert quedaba vivo después de saber que Walt le había estado traicionando, le buscaría. Y quizá lo encontrase antes que ella…

Tras el instante de aterrado silencio, Seymour Lambert alzó una mano, comenzando a incorporarse, lívido.

—Espere, podemos llegar a un ac…

Plop.

Plop, plop, plop.

La primera bala ya dejó de nuevo sentado a Lambert. Las otras tres, hundiéndose en su pecho, parecieron clavarlo en el sillón, mientras la sangre aparecía rápidamente, manchando el elegante batín. El lívido rostro de Seymour Lambert quedó caído hacia el pecho, como si sus desorbitados ojos quisieran ver la sangre.

La rabia estuvo unos segundos ante él, mirándole inexpresivamente. En realidad, estaba pensando. Pensando en Patrick Walt, que al parecer no había traicionado, no había corrido a llevarle a Seymour Lambert lo que había tomado de la caja fuerte de Reginald Flannery. Pero entonces… ¿dónde estaba Patrick Walt?

Reaccionando de pronto, la falsa Loretta dio media vuelta. Segundos después, abandonaba el apartamento, sin importarle ni poco ni mucho que tras ella quedase un cadáver.

CAPÍTULO VII

El sepelio del doctor Reginald Flannery finalizó hacia las diez y cuarto de la mañana de aquel hermoso día soleado. Algunos colegas suyos, enterados por los periódicos, habían acudido desde Estados Unidos, en avión en un viaje relámpago; no había ninguno procedente de Europa. Estaban detrás de Carol Dewey, a los pies de la fosa.

Estas personas, y el teniente de Homicidios Hugh Bolton, fueron las únicas presentes en la despedida a un hombre que había dedicado su vida a la investigación química. Hugh Bolton, también cerca de los pies de la fosa, pero a un lado, había estado mirando de cuando en cuando a la doctora Dewey, entre desconcertado y apesadumbrado, al recordar que en el mismo día la había besado a ella y a la chinita Mai Sin. ¿O lo de Mai Sin había sido todo un sueño? Quizá aquel beso en la casa de ella también lo había soñado, como lo que ocurría en el naranjal cerca de la playa, donde él le contaba aquella verdad sobre la vida y muerte de su padre Si, esto había sido un sueño durante el cual él contaba una verdad a Mai Sin. Recordaba las palabras que ella le había dicho, no era lo mismo «ser malo» que «hacer cosas malas». El que es malo, lo hace todo con maldad; en cambio, las cosas malas pueden ser hechas a veces por personas buenas. Y quizá su padre, en líneas generales, había sido bueno. O quizá él debía haber pensado esto antes, y no ser tan brusco, ni tener tan pésimo carácter, ni…

Movió la cabeza. Ya no quería pensar más en ello.

Carol Dewey estaba conversando ahora con los colegas que habían acudido desde Estados Unidos. Los fue mirando uno a uno. Bien, allá tenía algunos de los hombres que en aquellos momentos estaban siendo investigados discretamente. ¿Valía la pena hablar

con ellos? ¿Qué ganaría conversando con siete hombres que formaban parte de una lista total de más de treinta?

Pero quizá sí debía hacerlo. A fin de cuentas, nunca se sabe de dónde puede brotar la chispa que dé luz. Sí, lo mejor sería cambiar impresiones con ellos…

En ese momento, Hugh se dio cuenta de que Dave Corby acababa de llegar al cementerio. Se quedó mirando al detective, que le hacía señas con un brazo.

Fue a su encuentro, escrutando el rostro de aquel muchacho que tan bien conocía, que tan transparente era para él, y supo que Dave estaba excitado.

Llegó junto a él, inquiriendo qué ocurría. A los pocos segundos de haber comenzado a hablar Dave, Hugh Bolton se irguió vivamente y alzó las cejas en gesto de sorpresa e interés. Atajó la explicación de Dave, y se acercó a Carol Dewey, que le estaba mirando. Ella también captó la extraña expresión de él; tras murmurar unas palabras a sus colegas, se le acercó.

—¿Qué ocurre, Hugh?

—Tengo que marcharme ahora mismo.

—¿Qué pasa? —insistió ella.

—Ya te lo explicaré. Ahora sólo dime si conocías a un hombre llamado Seymour Lambert.

—¿Lambert…? No. No recuerdo. ¿Quién es?

—¿Qué piensan hacer tus colegas? ¿Regresan inmediatamente a Estados Unidos?

—Cinco de ellos se van esta misma mañana. Los otros dos se irán después de almorzar, creo que a las dos.

—Me gustaría que estuvieses cuanto antes en la villa, y que esperases allí una posible llamada mía. ¿Puedes hacerlo sin desairar a esos caballeros?

—Pues… Sí. Me estaba despidiendo de los cinco que se van. Los otros tienen un par de cosas que hacer en Honolulú. Así, con disculparme por no poder almorzar con ellos, todo listo. ¿Lo hago?

—Sí, por favor. Te llamaré.

Hugh se reunió con Corby, y salieron del cementerio. Poco después, ambos en el coche, conduciendo el teniente, instó:

—Dime ahora de nuevo todo eso. Con detalles.

—Ha sido en el 1288 de Kapiolani Boulevard, en el edificio de

apartamentos caros. El tal Seymour Lambert ocupaba el *4 C*. El cadáver lo ha encontrado un tipo llamado Steiness, peluquero. Cada semana, a las ocho de la mañana, iba a arreglar el cabello a Seymour Lambert. Ayer, Steiness llamó a Lamber como siempre, para preguntarle si debía ir…

—¿Y por qué no? Si iba cada semana…

—En ocasiones, Seymour Lambert salía de viaje, y casi nunca se acordaba de avisar al peluquero, así que como éste ya se había llevado varios chascos, últimamente lo llamaba siempre el día anterior. Bueno, pues Steiness llamó anoche, y Lambert le dijo que sí, que normal, que le esperaba a las ocho de la mañana. Steiness acudió puntual, pero Lambert no le abría la puerta. Tras mucho llamar, el hombre se disponía a marcharse, pero lo pensó mejor: si el señor Lambert le había dicho que fuese, es que iba a estar esperándole. ¿Y si estaba enfermo? De noche, en el edificio funciona un portero automático, ya sabe, señor, esos botones y teléfono interior que comunica el antevestíbulo con los apartamentos; pero de día hay un conserje. Subieron, y entraron con la llave de éste. Seymour Lambert estaba sentado en un sillón, muerto a balazos. El conserje avisó a la Policía, naturalmente. El asunto le ha correspondido al sargento Lovejoy. Bueno, empezaron a trabajar… Hay un pequeño despacho en ese apartamento, y en uno de los cajones cerrados con llave encontraron el material que impulsó a Lovejoy a buscarle a usted, señor. Ahora, el sargento Lovejoy quiere saber si se queda con el caso, o se lo queda usted, pues él piensa que pueden estar relacionados ambos asesinatos.

—¿Qué clase de material es ése, exactamente?

—Parece que hay algo así como un historial del doctor Reginald Flannery, confeccionado con recortes antiguos de periódicos y cuartillas mecanografiadas. Hay también fotografías de Flannery, y de la villa donde le mataron, tomadas desde varios ángulos.

—Bueno, echaremos un vistazo a todo eso, Dave.

* * *

—Entonces, ¿te quedas con el caso? —preguntó Lovejoy.

Hugh asintió con la cabeza y dejó de mirar los recortes de periódicos, cuartillas mecanografiadas y fotografías.

—Si no le molesta, Dan.

—Qué demonios me ha de molestar… Te apuesto a que muy pronto tendré otra cosa en qué ocuparme. Te lo he dejado todo en marcha, pero si me necesitas para algo, avísame.

—De acuerdo. Gracias, Dan.

Dan Lovejoy, que pese a ser inferior en grado a Hugh era mayor que él y llevaba más años en la Policía, miró con cierta socarronería al teniente.

—Caracoles —sonrió—. Esta mañana estás muy amable, Hugh.

—Es que he desayunado bien —sonrió Hugh.

—Pues me alegro —parpadeó Lovejoy—. Bien, ahí te queda eso. Hasta la vista. Y procura desayunar bien todos los días.

—Hasta la vista, Dan.

Lovejoy abandonó el apartamento. Las fotografías ya habían sido tomadas, por supuesto, y se procedía a levantar las posibles huellas. En el salón, el forense de i día, doctor Grant, había examinado ya el cadáver. A una mirada de Hugh informó:

—Cuatro balazos. Muerte instantánea. Hacia las dos de la madrugada… Entre la una y las dos.

—¿Los balazos pueden ser de una «45»?

—Me parece que no. Yo diría que son de una «38», teniente. Se lo diré seguro en cuanto pueda.

—No deje de hacerlo, por favor.

—Descuide. ¿Nos lo llevamos?

Hugh asintió, y se acercó al conserje del edificio, que permanecía de pie, inmóvil como una estatua, un poco pálido. Junto a él estaba el peluquero, un tipo delgado y elegante, muy nervioso. Sobre un sillón se veía su maletín, que contenía los útiles para su trabajo. Hugh miró al peluquero con gesto amable… Siempre se está a tiempo para cambiar… o evolucionar.

—Mucho temo, señor Steiness, que usted no podrá decir más de lo que ha dicho, ¿verdad?

—No, señor… Nada más. Lo siento.

—Entraron los dos juntos. ¿Seguro?

—Sí, señor. La puerta estaba cerrada, así que fui a avisar al conserje.

—Está bien. Diga al detective Corby dónde podemos localizarle, y puede usted marcharse. Con usted tendré que hablar más extensamente, señor…

—Baines —murmuró el conserje.

—Naturalmente, señor Baines, usted no vio a nadie, entre la una y las dos de la madrugada, que entrase en el edificio.

—A esa hora suelo estar durmiendo como un muerto. Perdón… he querido decir…

—Le he entendido —sonrió a medias Hugh—. Respecto a la puerta…, ¿estaba cerrada con llave, debo entender?

—No, no, señor. Sólo de golpe, con el pestillo de muelle.

—Se entiende entonces que cualquiera pudo cerrarla. No hacía falta llave. Simplemente, se sale del apartamento, se atrae la puerta y ésta queda cerrada con el pestillo.

—Sí… Sí, así es.

Hugh Bolton meditó unos segundos. Dejar cerrada la puerta así podía implicar que, con gran lógica, el asesino de Seymour Lambert tenía verdaderos deseos de marcharse de allí a toda prisa. O bien, también con simple lógica, que no tenía llave. Lo mejor era proceder con orden y método.

—¿Sabe usted de alguien que tenga la llave de este apartamento?

—No tengo ni idea, señor. Comprenderá usted que el señor Lambert pudo entregar duplicados de su llave a muchas personas, pero no tenía por qué decírmelo. De todos modos, supongo que lo habría hecho… Bueno, quizá la muchacha tuviese llave… No lo sé.

—¿Qué muchacha? —Le miró vivamente Hugh.

—Pues una chica preciosa, que le visitaba con regularidad. Una rubia muy simpática. Un bombón.

—¿Sabe usted cómo se llama, o dónde vive, o…?

—Ni idea de nada de eso. También venían de cuando en cuando algunos hombres a ver al señor Lambert, pero no sé quiénes son. Si no conocía a las personas que venían, preguntaba por el teléfono interior si… ¡Espere! ¡Claro que sé el nombre de uno de ellos! La primera vez que vino tuve que preguntarle al señor Lambert si quería recibir a un tal señor Rickman. Me dijo que sí, y a partir de entonces, cuando aparecía el tal Rickman o alguno de los que le acompañaban casi siempre, les dejaba pasar sin preguntar nada.

—Entiendo. ¿Y no tuvo que anunciar a la rubia?

—No —meditó el conserje—. No. La primera vez, ella llegó y dijo que el señor Lambert la estaba esperando. Yo hablé con el

señor Lambert por el teléfono interior; le dije que había una señorita que quería verle… No me dejó terminar. Dijo que podía subir, y a partir de entonces, cuando la veía a ella todo lo que hacía era mirarla hasta que podía.

—Bien. Tenemos una muchacha rubia, un tipo llamado Rickman… ¿Y un coche, señor Baines? ¿No se fijó quizá en el coche en que llegaba cualquiera de estas personas?

—No… Bueno, los hombres llegaban siempre a pie. Nunca les vi vehículo alguno. La muchacha tomaba un taxi. Lo sé porque cuando se marchaba yo la… Bueno salía afuera, para mirarla. Usted entiende, teniente.

—Un bombón, sí —sonrió de nuevo a medias Ralph—. ¿Recuerda cuándo estuvo aquí por última vez esa muchacha?

—Sí señor: anteayer por la tarde. Sí, debió llegar a eso de las cinco y media, y se marchó un poco antes de las seis.

—¿No estuvo aquí ni media hora? ¿Sus visitas eran siempre tan breves?

—Más o menos, sí. La verdad es que también a mí me tiene sorprendido eso. Con una mujer así, el tiempo debe pasar volando, y media hora no me parece suficiente para… Quiero decir…

—Se le entiende a usted muy bien, señor Baines. ¿Me permite un momento? Antes de seguir conversando con usted sobre Seymour Lambert, tengo que encargar algo a mis hombres…

Corby había anotado ya la dirección y teléfono de Steiness, que se había marchado. Spencer estaba conversando con Corby. Los demás miraban a todos lados, esperando que los de Huellas terminasen para registrar el salón, lugar donde se había cometido el crimen.

—Tengo trabajo para los dos —dijo Hugh—. Spencer, tú iras al fichero, a ver si encuentras a algún tipo con antecedentes que se llame Rickman; no sé más Si hay uno, o varios Rickman, saca copias de sus fotografías para mostrárselas al conserje. Dave, pídele al capitán Travers los hombres suficientes para la búsqueda de un taxi que…

—¡Oh, no! —gimió Dave.

—Alguien ha de hacerlo —le palmeó Hugh la espalda—. Hay que encontrar al taxista que anteayer por la tarde, hacia las seis, tomó como pasajera, delante de este edificio, o muy cerca, a una

chica rubia que es un bombón… Pregúntale más datos al conserje: cómo iba vestida, estatura, color de los ojos, peso… Ya sabes.

De acuerdo —masculló Dave—. Un trabajo de chinos, vamos.

La frase era corriente. Y Dave Corby tenía costumbre de utilizarla. Cuando algo se presentaba largo y tedioso, decía que era un trabajo de chinos, lo cual, sin duda, se refiere a la gran paciencia de los chinos. No tenía la menor importancia. Pero en esta ocasión Hugh Bolton se quedó mirando fijamente a Dave, pareció a punto de decir algo, y acabó por encoger los hombros.

—Podéis marcharos.

* * *

Seguramente, los chinos, que son una raza cuya inteligencia está fuera de toda duda, acostumbran a tener mucha paciencia porque saben que con ella se puede conseguir todo. O casi todo, al menos.

En esta ocasión, a Dave Corby le dio resultado armarse de paciencia de chino para dirigir el grupo de detectives que buscaba un taxi que hubiese tomado, dos días antes y a las seis de la tarde, frente al 1288 de Kapiolani Boulevard, una muchacha rubia, de ojos oscuros, vestida con falda blanca y jersey azul, de unos cincuenta y cinco kilos de peso, y muy bonita.

—Se llama Loretta Stripling —explicó Dave a Hugh Bolton—. Vive en un bonito apartamento, en Auahi Street, cerca de Ala Moana Park. Pasamos la nota a las compañías de taxis, éstas comunicaron la búsqueda a sus empleados, y uno de ellos se presentó para asegurar que recordaba a la muchacha perfectamente, y donde la había dejado.

—Buen trabajo, Dave.

—Gracias, señor.

—Bien, vamos a ver a la señorita Stnphng a…

—No está, señor. En estos momentos, según me he informado en las oficinas de la Panam, en la que me dijo un vecino que trabaja la chica, ella debe estar volando hacia aquí, procedente de Tokio. Vuelo 209. Es azafata.

—Magnífico. Bueno, habrá que esperar… ¿A qué hora llega ese vuelo?

—A las cuatro y media de la tarde. ¿Hemos encontrado al tal Rickman, señor?

—No. Había un Rickman en el fichero, pero el conserje, al ver la foto, dijo que ni hablar, que no se parecía en nada al Rickman que visitaba a Seymour Lambert. La hora de la muerte está confirmada hacia la una de la madrugada. Las balas, del treinta y ocho… Lo cual nos dice bien claramente que a Lambert no lo mató quien mató a Flannery.

—O que utilizó otra arma —sugirió Dave.

Hugh movió negativamente la cabeza.

—¿Por qué había de cambiar de arma un asesino cuya cuarenta y cinco funciona perfectamente? No. Yo creo que a Lambert lo ha matado otra persona. Llegó a la una de la madrugada, lo llamó desde el antevestíbulo, Lambert le abrió la puerta desde arriba, utilizando el mando eléctrico, y el asesino subió y lo mató.

—Si Lambert le abrió la puerta, es que lo conocía, señor.

—Sí. Pudo ser Rickman, o uno de los hombres que solían acompañarle, o… la muchacha rubia, Loretta Stripling. Sea quien sea, Rickman confiaba en un asesino: hemos encontrado una pistola en su apartamento, escondida. Si la visita no hubiese sido de su agrado, al menos la habría tenido encima. También podría ser, claro, que el asesino tuviese una llave, entrase en el apartamento sorprendiendo a Lambert y lo matase. Lo cual implicaría que, a la una de la madrugada, Lambert estaba sentado en un sillón en lugar de estar en la cama. Pero, considerando que Lambert estaba en pijama y bata, y desarmado, y despeinado, yo creo que estaba durmiendo cuando le llamaron desde abajo. Desde luego, alguien conocido de él. Y de confianza absoluta.

Dave Corby asintió con la cabeza, pensativo.

—¿No había nada de Lambert en los archivos, señor?

—Nada. Estaba limpio.

—Mi impresión, señor, es que estamos trabajando en un paso… poco corriente, si puedo expresarlo así.

—¿De qué otro modo? Bien, ve a buscar a Spencer, y a las cuatro y cuarto iremos al aeropuerto… No. No, no… —Hugh frunció el ceño—. Id vosotros dos a vigilar el apartamento de Loretta Stripling, Dave. Quiero saber si alguien va a visitar a esa chica bombón. Y de todos modos, por si algo me impidiese a mí ir a esperarla al aeropuerto, vosotros estaríais allí cuando llegase. ¿Okay, Dave?

—Sí, señor. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Por supuesto.

—Pues… ¿Qué ha desayunado usted hoy, señor?

—Pues he des… ¡Vete al demonio!

—Sí, señor —sonrió Corby, saliendo a toda prisa del despacho.

Hugh Bolton miró su reloj de pulsera. Eran las tres menos cuarto de la tarde. Tenía tiempo de volver a «jugar» con sus papelitos. Sacó del bolsillo interior de la chaqueta las cuartillas en las que había estado tomando notas la noche anterior, y las colocó ante él, extendidas. Tomó una nueva de la mesa y anotó sus impresiones sobre el asesinato de Seymour Lambert. Luego, en otra cuartilla más, anotó los nombres de los personajes que intervenían en el juego:

- Reginald Flannery.
- Asesino 1.º ¿? - Colt 45.
- Seymour Lambert.
- Asesino 2.º ¿? - Colt 38.
- Loretta Stripling — Azafata.
- Rickman ¿?
- Putrex.
- Naranjal con naranjas de la China.
- Lo Wao y Margaret Wao (Daisy - Mai Sin).
- Mistress Palmer.
- Miss Carol Dewey.

¿Y bien?

En principio, había un detalle a ser tenido en cuenta: el asesino de Flannery le había disparado a éste por la espalda, y el de Lambert lo hizo de frente. Esto, de por sí, indicaba dos personalidades distintas, lo que reforzaba su lógica teoría de que los asesinos eran dos, no uno solo que utilizaba dos armas. El Asesino 1º podía haber esperado perfectamente a que Reginald Flannery, tras abrir la caja, se volviese hacia él. El Asesino 2.º podía haber tenido sin duda alguna ocasión de matar a Lambert por la espalda. No, no, no… Eran dos asesinos, y asunto terminado. No uno solo.

«¿Qué es lo que no consigo centrar en mi mente? —pensó—. ¿De qué se trata? Lo he visto, lo he tenido ante los ojos… ¿Qué es?».

Eran casi las cuatro cuando sonó el teléfono. Hugh descolgó el auricular de un manotazo.

—¿Sí? —Gruñó.

—Ah, Carol… Sí, soy yo.

—Es cierto. Pero no ha habido necesidad. Bueno, supongo que recuerdas que te pregunté si conocías a un tal Seymour Lambert.

—Lo han asesinado esta noche. Me dijeron que tenía cosas en su apartamento que hacían referencia a Reginald Flannery, y pensé que podían ser fórmulas o algo así; por eso te pedí que esperases mi llamada, por si tenías que asesorarme sobre alguna. Pero no eran fórmulas… Eran recortes de periódicos atrasados que hablaban del doctor Flannery, cuartillas que completaban detalles personales sobre él y algunos de sus trabajos… y fotografías de la villa donde estás tú ahora, tomadas desde distintos ángulos. ¿Se te ocurre algo al respecto?

—Lo suponía. A mí tampoco, por ahora. Salvo que cabe pensar que Seymour Lambert estaba muy interesado por Flannery, naturalmente. Quizá pagado por alguien que quería obtener algo de él…

—¿…?

—Podría ser el Putrex, claro que sí. Dime una cosa, ¿te suenan los nombres de Rickman o de Loretta Stripling?

—Mala suerte. Estoy metido en un callejón que parece no tener salida, me paso el tiempo pensando. Por eso no te había llamado. En realidad, pensaba visitarte más tarde…

—¿…?

—No, lo siento. —Hugh miró su reloj—. Dentro de unos minutos tengo que ir al aeropuerto a esperar a una persona. Perdona que no te haya llamado. Iré en cuanto pueda. Por cierto, tus colegas se habrán marchado ya todos y quizá te encuentres sola, ya que retiré a los agentes… ¿Prefieres esperarme en casa de alguna amiga?

—Como quieras. Hasta luego, Carol.

Colgó y se quedó pensativo. Volvió a mirar el reloj, se puso en pie y fue hacia la puerta, pensando en Carol Dewey… y en Margaret Wao. Las dos imágenes parecían luchar en su mente para destacar con más nitidez. Parecían luchar, pero en realidad no era así. Una de las imágenes vencía rotundamente a la otra. Una imagen que parecía una flor, y que estaba rodeada de naranjas de la China…

Estaba ya abriendo la puerta de su despacho cuando, de pronto, sin saber por qué, miró hacia la mesita auxiliar, donde estaban las cosas de Seymour Lambert… Es decir, sí sabía por qué miró hacia la mesita: lo había hecho porque al pasar había captado una imagen. Se acercó a la mesita y se quedó mirando aquella imagen: las zapatillas de Lambert.

Seymour Lambert llevaba encima muy poca cosa en el momento de morir. El pijama, el batín, un pañuelo en un bolsillo del batín y las zapatillas.

Las zapatillas.

Una de ellas estaba colocada con la suela orientada hacia el techo. En la posición que tendría si la llevase puesta un hombre que estuviese tendido boca abajo, de vientre al suelo. Se quedó mirándola, fascinado. Una simple zapatilla acababa de darle la clave, al traerle a la memoria unos zapatos. Eso era lo que había estado como ocultándose en su mente durante aquellas horas, durante todo aquel tiempo: los zapatos que había llevado puestos Reginald Flannery cuando lo asesinaron.

Sí, los zapatos. En menos de cinco segundos, la verdad que habían querido ocultar a la policía se reveló en la mente de Hugh Bolton, teniente de Homicidios. Y otros cinco segundos más tarde, cuando comprendió todo lo que implicaba aquella verdad que acababa de descubrir, Hugh Bolton palideció intensamente.

—Dios… —musitó—. ¡Dios!

Retrocedió y se sentó en un sillón, pasándose las manos por la cara, que notó helada. Tenía que asegurarse. ¡Tenía que asegurarse completamente antes de lanzarse de lleno a seguir la nueva pista! Que no era tan nueva: la había tenido en su mente, entre sombras, todo el tiempo.

—Sí… Tengo que asegurarme bien.

De nuevo miró su reloj. No podía entretenerse si quería llegar al aeropuerto cuando Loretta Stripling, la azafata, llegase procedente de Tokio.

Descolgó el auricular del teléfono de línea interior, localizó al hombre que necesitaba y le dio unas rápidas instrucciones. El hombre se llamaba Dugall, y era el jefe de las investigaciones técnicas del Departamento de Policía de Honolulú.

Luego, Hugh Bolton se marchó. Ya en su coche, apretó los labios

y suspiró profundamente. Debía tranquilizarse, no precipitarse; simplemente, esperar que Dugall confirmase o rechazase sus sospechas…

Estaba ya camino del Honolulú International Airport cuando recordó a Spencer y Dave. Se comunicó con ellos por medio del radioteléfono, sin dejar de conducir.

—Diga, señor.

—Dave, estoy camino del aeropuerto ahora. ¿Cómo están las cosas por ahí?

—Sin novedad, señor. ¿Nos reunimos con usted en el aeropuerto?

—No. Seguid ahí, discretamente. Yo me las arreglaré con la señorita Stripling. Es todo.

CAPÍTULO VIII

De las tres azafatas del vuelo 209 procedente de Tokio, sólo una podía ser Loretta Stripling. No es que las otras dos fuesen adefesios, ni mucho menos, pero, aparte de que sólo una de ellas era rubia, ésta era precisamente la que podía ser calificada de «bombón». Así pues, desde que desembarcó hasta que, cumplidas las formalidades de su trabajo al final del último servicio, la rubia bombón salió del aeropuerto, Hugh Bolton no la perdió de vista más que los pocos minutos que estuvo en las oficinas de la Panam.

Hugh había decidido no abordarla directamente, presentándose, sino esperar a ver si hacía algo que, de por sí, ya fuese revelador.

Pero la bella Loretta no hizo nada revelador. Simplemente tomó un taxi, evidenciando así considerable impaciencia por llegar a su apartamento de Auahi Street.

¿O no se dirigía a su apartamento, con tantas prisas?

Se dirigió a su apartamento. Pasaban unos minutos de las cinco cuando el taxi se detenía delante del edificio cerca del cual Hugh vio el coche dentro del que esperaban Dave y Spencer. Desde el suyo les hizo una seña de que esperasen. El esperó a que el taxi se alejase. Entonces, se apeó y fue hacia el edificio. En los buzones de correspondencia vio el nombre de Loretta Stripling y el apartamento que ocupaba.

Cuando llamó a la puerta de este apartamento, Loretta Stripling debía hacer apenas tres minutos que había llegado. Y tardaba tanto en abrir que Hugh volvió a presionar el timbre. A los pocos segundos la puerta se abrió y asomó la cabeza de Loretta Stripling. Su expresión era visiblemente enfurruñada, pero al ver al tipazo rubio que estaba en el pasillo, su boca se abrió con gesto de pasmo. Acto seguido, lo miró de arriba abajo, sonrió, y emitió un silbidito

de lo más simpático.

—¡Fiuuu…! ¡Ojalá no se haya equivocado de puerta, amigo!

—No creo —sonrió Hugh—; me envía Lambert.

—Oh, por Dios —protestó la muchacha—, ¡qué barbaridad! ¡Pero si acabo de llegar hace unos minutos! ¿Es que no podía esperar, como las otras veces?

—Según parece, no. Lo siento.

—Pase.

Hugh entró en el apartamento. Entonces comprendió por qué Loretta sólo había dejado ver su cabeza por un lado de la puerta: llevaba solamente una bata de baño, ceñida a la cintura. El teniente de policía parpadeó, casi sobresaltado, mientras Loretta cerraba la puerta, riendo.

—Estaba a punto de meterme en la bañera. Hace calor y el vuelo desde Tokio es mucho más fatigoso de lo que la gente debe pensar.

—Sin duda alguna —murmuró Hugh—. ¡Ahora que recuerdo, tendría que llamar a Rickman…!

—Bueno, pues hágalo mientras voy a buscar el sobre. Ahí tiene el teléfono —señaló.

Hugh echó un vistazo por el saloncito, que era a la vez recibidor y comedor, todo en una pieza. Vio el teléfono y se acercó a él… ¿El sobre? ¿Qué sobre? Pero respecto a esto no tenía por qué preguntar nada, pues pronto lo tendría en sus manos. Debía seguir con lo de Rickman. Se detuvo de pronto y se volvió.

—Tengo una memoria repugnante —masculló—. ¿Cuál es el número de Rickman?

Loretta, que estaba abriendo su bolsa de la Panam que había dejado sobre un sillón, lo miró sorprendida.

—¿Y a mí qué me cuenta? Yo ni siquiera sé quién es ese Rickman. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Hugh Bolton. ¿No conoce usted a Rickman?

—Claro que no. Yo sólo conozco a Seymour, y le aseguro que no siento interés por conocer a nadie más… Aquí está el sobre. Y otra cosa —lo atrajo hacia ella cuando Hugh extendió el brazo—: ¿cómo sé yo que realmente le envía Seymour?

—Pregúntele —señaló Hugh el teléfono.

La muchacha vaciló y acabó por encoger los bonitos hombros.

—Está bien —tendió de nuevo el sobre—. La verdad es que me

alegra que Seymour haya tenido prisa precisamente hoy, pues tengo un compromiso, y así he ganado tiempo. ¿Va a llamar a ese Rickman?

—El caso es que no recuerdo su número de teléfono. Creo que lo mejor será que vaya, ante todo, a llevarle esto a Lambert.

—Bueno —sonrió ella maliciosamente—. Si quiere que le sea sincera, ahora lamento todas estas prisas. Por usted enviaría al demonio a la persona que me está esperando. ¡Qué hombre…! —Puso en blanco los ojos—. ¿Realmente tiene tanta prisa que no puede quedarse ni un ratito??

—Me temo que no —sonrió Hugh.

—Pues… ¡Oiga, otra idea! ¿Por qué mientras yo me baño no va usted a entregarle el sobre a Seymour y luego vuelve a buscarme? ¿Eh? ¿Qué le parece? ¡Usted es mi tipo, se lo juro, Hugh! Y yo no creo estar tan mal, ¿verdad?

—Todo lo contrario —amplió su sonrisa Hugh—, está usted, espléndida, Loretta.

—Vaya… ¿Ves qué bien? —murmuró ella, acercándose; le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios—. ¡Si llego a saber que te iba a conocer a ti, a buena hora ligo con aquel pelma!

—Imprevistos de la vida. Bueno, Loretta, creo que debo decirte algo que…

Loretta se echó a reír, volvió a besarle en los labios, y se descolgó de él. Señaló la puerta.

—Márchate ya o yo me voy a quedar sin baño y Seymour va a estar esperando ese sobre hasta mañana. ¡No te demores, Hugh!

Dio la vuelta, echándose la toalla sobre un hombro, y salió del recibidor-comedor-saloncito. Hugh quedó como clavado al suelo, contemplándola hasta que desapareció. Luego, tardó un par de segundos en reaccionar. Se dedicó a mirar el sobre. No tenía nada escrito, ni en el anverso ni en el reverso. Un sobre corriente, en blanco. Dentro, simplemente, había papeles. Examinó el borde del sobre y se dio cuenta de que una delgada tira de adhesivo transparente lo sellaba eficazmente.

Movió la cabeza y guardó el sobre en un bolsillo interior de la chaqueta. Lo de presentarse de parte de Lambert había dado magníficos resultados, pero puesto que Loretta Stripling parecía no saber nada más y ni siquiera conocía a Rickman, decidió que las

cosas habían llegado ya demasiado lejos tratándose de un hombre serio y policía consciente como era él.

Se fue apartamento adentro. Loretta estaba vertiendo gel perfumado en una de sus manitas tan pulcramente manicuradas.

—¿Todavía estás aquí?

Hugh acercó el blanco taburete y se sentó. Sacó su placa y se la mostró a la muchacha, que pareció no entender.

—Me llamo, en efecto, Hugh Bolton, señorita Stripling; pero omití añadir que soy teniente de Homicidios.

—¿He hecho algo malo? —Respingó Loretta, abriendo mucho los ojos.

—Todavía no lo sé. Mi deseo es que no haya hecho nada malo, pues me parece usted una chica simpática y con alegría de vivir. Me gusta la gente así, de verdad. Me pasaría la tarde charlando con usted, pero me parece poco serio hacerlo en estas circunstancias.

—Eso quiere decir que ha llegado el momento de comportarse con formalidad.

—Anoche asesinaron a Seymour Lambert. ¿Lo sabía usted?

Loretta Stripling palideció, y el estuche de gel escapó de su mano.

—Dios mío —tartamudeó la joven—. ¡Oh, Dios mío!

—¿No lo sabía?

—¡Claro que no!

—¿Se le ocurre quién ha podido hacerlo?

—¡Claro que no!

—Tranquilícese. No quisiera darle prisa, pero me gustaría que esta conversación terminase en el departamento.

—Concédame unos minutos… Termino en seguida…

—La espero fuera. En el *living*, se entiende.

Salió, fue al saloncito y se sentó en uno de los sillones. Sacó el sobre, y le dio vueltas y vueltas… ¿Y por qué no? Abriendo aquel sobre no atentaba contra ninguna ley escrita, ya que no iba dirigido a nadie. Moralmente, la cosa no estaba tan clara, puesto que él sabía que el sobre era para Seymour Lambert. Pero… ¿acaso Lambert no estaba muerto y él estaba buscando a su asesino?

Abrió el sobre y extrajo su contenido. Papeles, desde luego. Papeles corrientes. Lo que no era corriente era lo que había escrito, a máquina, en esos papeles:

«Mxmamams sksj amammsmsmsmmkskke osksjeis wjsusudhe nshdhegef aj n ajaosjs mnxlañpst njshdhdge…».

Estupefacto, pasó a otra cuartilla, pues, ciertamente, de aquélla no entendía nada. De las otras, tampoco. Todas estaban escritas del mismo modo incomprensible. La revelación tardó sólo unos pocos segundos en llegarle: aquello estaba escrito en clave. Durante un par de minutos estuvo pensativo, mientras oía el agua de la ducha… Cuando dejó de oírla, se puso en pie y volvió al cuarto, donde la joven estaba terminando su tocado. Le puso los papeles ante los ojos.

—¿Sería tan amable de traducirme esto?

Loretta miró la cuartilla, abrió la boca y se quedó así. Luego, miró a Hugh, que sólo con ver su expresión comprendió que la muchacha estaba aún más estupefacta que él. Asintió y se guardó todo.

—Naturalmente, usted estaba en Tokio esta madrugada a la una, señorita Stripling. ¿Correcto?

—Sí… Sí, sí, claro…

—Me alegro por usted. Por favor, vámonos ya.

Loretta Stripling fue tras él con admirable rapidez. Mojados aún los cabellos, muy abiertos los ojos, se reunió con Hugh en el saloncito.

—¿Estoy detenida? —murmuró.

—Por el momento —dijo amablemente Hugh—, sólo se trata de que la policía solicita su colaboración. Y como estoy seguro de que acepta encantada concedérnosla, no hace falta que busque palabras legales para obligarla a venir conmigo… ¿Verdad, señorita Loretta Stripling?

—Sí, sí… ¡Oh, sí!

—Pues. —Hugh señaló la puerta—, cuando usted guste.

Salieron del apartamento. Bajaron a pie. Al llegar a la calle, Hugh señaló hacia su coche… y no tuvo tiempo de nada más.

—Hay una pistola apuntando a su espalda —oyó tras él—. De modo que no vaya hacia su coche, sino en dirección al aeropuerto. Y dígale a la nena lo que le pasará si no hace lo mismo.

Loretta había vuelto la cabeza, sobresaltada. Hugh no le dio

tiempo a más. La tomó del brazo rápidamente y tiró de ella, diciendo:

—Tranquilícese, señorita Stripling. Siga a mi lado, eso es todo.

—Pero…

—Cállese…, por favor, o cualquiera de los dos podemos recibir un balazo en la espalda.

—Métanse en el coche azul que verán al doblar la esquina —dijo el hombre tras ellos.

Llegaron en pocos segundos. Antes de llegar al coche, la portezuela derecha de atrás se abrió. Hugh hizo entrar a la joven y él lo hizo seguidamente. Quedó en el extremo derecho del asiento; Loretta en medio; en el otro extremo, otro hombre, que tenía una pistola con silenciador en la mano. Había otro hombre ante el volante, y junto a éste se sentó el que los había amenazado. El coche arrancó. El hombre que se había sentado junto al conductor se volvió, mostrando su pistola discretamente.

—Quizá están cometiendo un error —advirtió serenamente Hugh—; soy policía.

—Lo sabemos, teniente Bolton —dijo el que estaba sentado a la izquierda de Loretta—. Esta mañana, cuando al llamar a Seymour Lambert por teléfono nos contestó una voz desconocida, colgamos. Luego, fuimos para allá y nos enteramos de todo. Sabemos muy bien quién es usted.

—Y usted…, ¿es Rickman? —preguntó Hugh.

—Sí. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Investigaciones rutinarias.

—¿De veras? Pues lo hace usted tan bien como asegura su fama. ¿Saben ya quién mató a Seymour Lambert?

—No. Entiendo que no fue ninguno de ustedes tres.

—Eso es una estupidez. ¿Y cómo supo lo de la chica? Nos dio un buen susto cuando le vimos en el aeropuerto. Comprendimos que podía estar esperándola, como nosotros, pero al ver que no hablaba con ella concebimos algunas esperanzas… que resultaron vanas. Usted la siguió a ella y nosotros a usted. ¿Cómo dio con ella?

—Investigaciones rutinarias.

Rickman sonrió aviesamente.

—Es usted un policía de verdad peculiar, teniente. Incluso en el modo de trabajar… ¿Por qué no va acompañado, como hacen todos

los policías?

—Hay mucho trabajo, y no me pareció que hablar con la señorita Stripling fuese peligroso.

—¿Y de qué han hablado?

—Le he preguntado si estaba en Tokio a la una de esta madrugada.

—Entiendo. ¿A esa hora mataron a Seymour?

—Sí.

—Bien… Ya hablaremos sobre eso. Me imagino que esta tontita le ha entregado a usted el sobre.

—¿Lo quiere?

—No —sonrió Rickman—. Ahora, no. Así que mantenga sus manos bien visibles y lejos de sus bolsillos. Usted me entiende.

—Sí.

El viaje continuó en silencio. Loretta estaba tan asustada que ni siquiera podía hablar. A Hugh casi le dolía el cuello de los esfuerzos que tenía que hacer para no volver la cabeza a echar un vistazo por el cristal de atrás.

El coche circulaba por Ala Moana. Luego, subió por Bishop, empalmando con Palii Highway, que subía hacia el interior de la isla. Pasaron cerca de Oahu Cemetery, a la izquierda. Luego, junto a Nuuanu Park, a la derecha. La autopista seguía subiendo. Dejaron atrás Kekoalele Ridge. Ya no subieron mucho más. El coche se desvió de pronto hacia la derecha y se introdujo por un camino flanqueado por abundante vegetación. Dos minutos más tarde, veían el bonito *bungalow*, ante cuya fachada había unos cocoteros y algunas flores de hibisco. La tarde era espléndida, luminosa. Tras ellos se veía, abajo, el mar, azul, con rayas de blanca espuma deslizándose hacia las playas…

El coche se detuvo delante del *bungalow*.

—Sal tú primero, Darrell —dijo Rickman.

El hombre que había esperado a Hugh junto al portal del edificio donde vivía Loretta Stripling, se apeó y apuntó su pistola hacia la portezuela derecha de atrás. Hugh salió, detrás lo hizo la muchacha. Rickman salió por el otro lado, rodeó el coche por detrás y se reunió con ellos, señalando hacia la cabaña.

—Haarst, lleva el coche a la parte de atrás. Ustedes, caminen hacia la casa.

Rickman tenía la llave. Entraron en el *bungalow*. Como muy lejano se oía el zumbido del motor del coche que conducía Haarst.

—Ahora sí, teniente: quiero ese sobre. Pero fíjese bien en lo que tiene que hacer usted: saque primero su pistola y tírela sobre el sofá, luego saque el sobre y páselo hacia atrás por encima de su hombro. Mientras hace eso, Darrell estará apuntando a la chica a la nuca, y yo a usted. ¿Está claro?

—Sí.

Hugh obedeció, sin querer dárselas de héroe de película. Rickman se hizo cargo de la pistola y del sobre.

—Siéntense los dos en el sofá.

Lo hicieron. Loretta Stripling se agarró con gesto crispado a un brazo de Hugh. Mientras Rickman miraba el sobre, Haarst apareció en el saloncito, procedente del fondo del *bungalow*; debía haber entrado por la puerta de la cocina…

—Ya veo que abrió el sobre, teniente —dijo con tono seco Rickman—. Pero supongo que todo está aquí.

—Así es.

Rickman asintió, se guardó el sobre y quedó pensativo unos segundos antes de murmurar:

—¿Sabe, teniente?: este sobre nos ha complicado la vida a todos.

—Yo creía que las complicaciones habían empezado cuando uno de ustedes mató a Reginald Flannery.

—No. —Rickman se sentó en un sillón—. Le diré a usted cómo fueron las cosas. Para empezar, ninguno de nosotros tres mató a ese químico. Es posible, casi seguro, que lo hiciese Patrick Walt, sin embargo. Y Patrick trabajaba con nosotros. Patrick Walt… ¿Lo conoce?

—¿Es un tipo de más de metro ochenta, pies grandes, y unos noventa kilos de peso?

—Ése es Patrick —brillaron los ojos de Rickman—. ¿Usted sabe dónde está?

—No. Lo estoy buscando. Pero no entiendo muy bien lo que usted dice, Rickman.

—Bueno… Patrick forma parte de nuestro grupo, que dirigía Lambert. A su vez, Lambert recibía instrucciones de cierta persona de Tokio, que es quien dirige toda la organización…

—¿Las instrucciones están en el sobre, en clave?

—En efecto.

—¿Y qué organización es la suya, Rickman?

—Oh, hacemos pequeñas cosas: fraudes, contrabandos diversos, a veces se presenta algún asesinato por encargo… Pero, preferentemente, espionaje. Y preferentemente a su vez, espionaje industrial. Reginald Flannery cayó dentro de nuestra órbita… laboral. El jefe se fijó en él, después de leer algunos artículos suyos en Tokio. Nos destacó a nosotros a Honolulú, con una amplia información sobre el doctor Flannery. Al llegar aquí, nosotros la completamos: fotografías, un informe complementario escrito… Seymour tenía todo eso. ¿Lo encontraron ustedes?

—Sí.

—De todos modos, no creo que les sirva de nada. Bien: finalmente supimos que Reginald Flannery estaba preparando algo importante y nos decidimos a estrechar más el cerco de la vigilancia. Por las noches, el encargado de vigilarlo era Patrick Walt. Y anteanoche, Patrick desapareció, simplemente. Se fue a vigilar a Flannery… y ya no supimos nada más del asunto hasta que leímos en los periódicos que Flannery había sido asesinado y su caja fuerte saqueada. Como es lógico, Lambert pensó que Patrick Walt se las había querido dar de listo y que había desaparecido con el botín, seguramente pensando vender por su cuenta todas las fórmulas que pudiese tener el doctor Flannery. Nos pusimos a buscarlo, pero sin resultado. Y esta mañana nos enteramos de que Seymour Lambert ha sido asesinado… ¿Qué pensaría usted?

—Lo que piensan ustedes es que Patrick Walt mató a Lambert, anoche.

—Claro. ¿Usted no?

—No fue él. Dígame una cosa, Rickman: ¿Patrick Walt usaba una cuarenta y cinco?

—Sí.

—Entonces, en efecto, fue él quien mató al doctor Flannery. Pero no a Seymour Lambert; a éste lo mató alguien que utiliza una treinta y ocho.

Rickman se desconcertó visiblemente.

—¿Está seguro?

—Por supuesto.

—Pues no lo entiendo.

—Yo sí. ¿Hacemos un trato?

CAPÍTULO IX

Al oír esto, los tres hombres quedaron estupefactos. Por fin, Haarst soltó un resoplido y masculló:

—¡Menuda cara dura tiene este poli!…

—Cállate —gruñó Rickman, mirando fijamente al teniente—. ¿Qué trato?

—Yo les digo cómo ocurrió todo y, a cambio de eso, ustedes se van de la isla con mi promesa de que no haré nada contra ustedes hasta pasadas doce horas.

—¿Quiere decir, dejándole con vida a usted aquí?

—Y a la señorita Stripling.

Rickman alzó la mano derecha y se rascó la coronilla con la base de la culata de su pistola.

—Doce horas, ¿eh?

—Sí.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que sabe usted?

—Siguiendo con la conversación, diré que, en efecto, ese Patrick Walt traicionó a su grupo. Él fue quien mató al doctor Flannery y se llevó su fichero, así como todo el contenido de la caja… Pero algo pasó. Algo que impidió a Walt completar su traición contra el grupo de ustedes. Como es lógico, ustedes no habrían vuelto a ver a Walt, pero había otra persona que sí le estaba esperando. Esa persona es la que estaba en combinación con Walt para matar y robar a Flannery…

—¿Quién es esa persona?

—Todavía no lo sé —mintió a medias Hugh—. Estaba en ello cuando llegó el momento de ir al aeropuerto a esperar a la señorita Stripling, así que pospuse esa parte de la investigación. Pero sigamos con lo otro; esa persona que, junto con Walt, formaba un

bloque aparte, también estaba esperándolo o, al menos, noticias de él. Comoquiera que esas noticias no llegaron, esa persona comenzó a inquietarse. Por fin, pensó que quizá Walt la había traicionado a ella, o bien que Lambert se había dado cuenta de todo y quizá había matado a Patrick Walt. Entonces esa persona, dispuesta a todo, visitó anoche a Lambert y, sin duda, después de conversar, lo mató… Con una treinta y ocho, como ya he dicho.

—¿De modo que Walt tenía ayuda de otra persona…? Bien. Lo cierto es que no sabemos dónde está Walt ni quién es esa otra persona. Lo cual es como no saber nada, teniente.

—Sabemos ya cómo ocurrieron las cosas. Todo lo que tenemos que hacer ahora es encontrar a Patrick Walt y a esa otra persona. Y eso, Rickman, creo que podré hacerlo yo mejor que usted.

—Conteste a una pregunta. ¿Dónde está Patrick Walt, y por qué no fue a ver a su cómplice?

—No tengo la menor idea —volvió a mentir a medias Hugh—. Lo que sí sé es que hemos hecho un trato, Rickman. Por mi parte, no puedo añadir nada más.

—Hay un inconveniente —movió la cabeza Rickman—. Si como usted dice, Patrick Walt tenía un cómplice, lo lógico es pensar que ése cómplice estaba al corriente de todo lo referente a nuestra organización, ya que Walt se lo habrá explicado, ¿no? Por lo tanto, no puedo permitir que usted encuentre a Walt ni a su cómplice, ya que cualquiera de los dos podría darle datos suficientes para que usted iniciase una batida policíaca, conjunta con los japoneses, que acabaría con nuestra organización. Espero que lo comprenda, teniente.

—¿Eso quiere decir que no va a cumplir el trato…, que va a matarnos?

—Póngase en mi lugar. ¿Qué haría usted?

—No estoy en su lugar —dijo secamente Hugh.

—Pues al menos en esta situación le iría mejor —sonrió Rickman—. Bien; según parece, no sólo tenemos que encontrar a Walt, sino a su cómplice. Una vez eliminados ambos, y ya muertos usted y la chica, sólo tenemos que desaparecer y la organización podrá seguir adelante sin preocupaciones. ¿No está de acuerdo?

—Bajo su punto de vista, parece que todo es así de fácil. Pero, escuche, Rickman, al menos deje marchar a la chica. Por lo que

usted dice, parece que ella no sabe nada de nada, ¿verdad?

—Claro que no sabía nada de nada —la miró Rickman—, pero ahora sí sabe. Es una pobre tonta codiciosa, de la que Lambert se hizo amigo, en un club nocturno, y después de algunas salidas le propuso que fuese su correo particular: sólo tenía que recoger periódicamente unos sobres en Tokio, y traérselos directamente. Dijo que era para ahorrar tiempo en unos negocios, y ella aceptó: lo único que quería era recibir algunos regalitos y dinero… ¿Verdad, encanto?

Loretta Stripling tragó saliva, pero ni aun así pudo aclararse lo bastante la garganta para hablar. Así es la vida: una chica joven y preciosa a la que le gusta el lujo y los caprichitos conoce a un caballero amable que le da esa oportunidad; se cambia a un apartamento precioso, se compra trapitos…, y luego, a morir. La muchacha tragó saliva de nuevo, pero continuó muda de espanto.

—Yo diría que está asustada —dijo socarronamente H&srst.

—Le durará poco el susto —sentenció Rickman—: matadlos a los dos y llev…

—¡Quietos todos! —tronó una voz de hombre.

Hubo respingos, sobresaltos, exclamaciones… El primero en volverse hacia el extremo del pasillo que llevaba al fondo del *bungalow* fue Haarst, que había entrado por allí y estaba muy cerca. Pero lo hizo muy mal: no debió moverse o, al menos, no debió hacerlo de modo que su pistola apuntase hacia allí…

¡*Crack*!, restalló el disparo efectuado por Dave Corby.

Haarst recibió la bala en el centro del pecho y saltó hacia atrás, piernas para arriba, lanzando un agudo chillido y soltando la pistola.

Simultáneamente, Hugh Bolton saltaba hacia Rickman, que comenzaba a ponerse en pie, también volviendo la pistola… El choque fue tremendo. Pasaron los dos por encima del sillón, volcándolo, mientras Darrell, lívido, disparaba contra Dave Corby, que lanzó un aullido, giró soltando la pistola y cayó de rodillas…, y mientras Spencer, más lívido aún que Darrell, disparaba contra éste, acertándole en un lado de la frente.

Mientras Darrell, muerto ya, giraba como una peonza, con los ojos en blanco, y finalmente caía rodando al suelo, Loretta Stripling comenzó a gritar, como enloquecida, llevándose las manos a la

cara… Y Hugh, tras rodar aferrado a Rickman, terminaba la última vuelta, quedando debajo, pero asiendo con la mano izquierda la muñeca derecha de Rickman, y gritando:

—¡No lo matéis, no disparéis…!

El rugido de Rickman quedó cortado cuando el puño derecho de Hugh impactó en su boca. La cabeza de Rickman pareció, en verdad, un *punching*-ball, hacia delante y hacia atrás… Hugh volvió a golpear, ahora en la barbilla, impunemente, puesto que Rickman sólo pensaba en utilizar la pistola contra él, lo cual era imposible, pues la mano de Hugh se había convertido en una argolla de acero… Al tercer golpe, Rickman perdió fuerzas. Hugh arqueó el cuerpo, derribando junto a él a Rickman. Inmediatamente se puso en pie, siempre sujetándole la muñeca derecha, de la cual tiró, poniendo también en pie a Rickman.

Un espantoso puñetazo en el estómago dejó a Rickman ya convertido en una piltrafa. El segundo puñetazo, asimismo en el estómago, pareció más bien un pinchazo a un globo: Rickman se deshinchó, los ojos vueltos hacia dentro, y cayó como muerto a los pies de Hugh, que por fin lo soltó, se inclinó y se hizo con la pistola.

Inmediatamente corrió hacia Dave, que se había sentado, y se sujetaba la pierna por debajo de la rodilla. Spencer llegó un instante antes, tras dejar de apuntar su pistola hacia los luchadores, por si Hugh perdía el combate…

—¡Quita las manos de ahí! —aulló—. ¡No te toques la herida, idiota!

Hugh apartó a Spencer, metió los dedos por el agujero de la bala y rasgó el pantalón de rodilla para abajo. Apenas ver la herida, en un lado de la pantorrilla, se tranquilizó: el agujero no podía ser más limpio. Miró a Dave, que le contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Tranquilo, Dave. Es sólo un agujero, sin más. La bala ha salido sin tocar el hueso. Llamaremos en seguida una ambulancia.

—Sí, señor; sí, señor…

—Tranquilo —insistió Hugh, sonriendo y palmeándole un hombro—. Ahora eres de verdad un veterano.

—No sé si me hace gracia, señor.

—No —admitió Hugh—; no hace ninguna gracia recibir el mordisco del plomo, lo sé. Spencer, haz callar a la chica.

—Sí, señor —masculló Spencer.

Se acercó a Loretta, que continuaba sentada en el sofá, gritando y gritando, completamente histérica. Spencer la asió por las muñecas, la puso en pie, le apartó las manos del rostro y le aplicó una tremenda bofetada que volvió a dejar sentada a la muchacha…, la cual, en el acto, dejó de gritar y se quedó mirando con expresión desorbitada al detective.

—Lo siento —masculló éste.

Se volvió para mirar a Hugh, como pidiendo disculpas, pero Hugh encogió los hombros.

—Déjala. Es sólo un buen guantazo…, que luego te agradecerá, cuando se canse de llorar. Mira a ver si en el cuarto de baño hay algo para curar provisionalmente a Dave. Luego, ve adonde habéis dejado el coche y llama al departamento.

—Sí, señor. A propósito de llamadas…

—Ve a hacer lo que te he dicho. Dave me dirá lo que sea.

—Okay.

Spencer salió por la parte de atrás. Loretta, en efecto, estaba ahora llorando, más tranquila, pero hipando con fuerza, estremeciéndose.

—Es una preciosa pero pobre tonta —dijo Hugh—. Seguro que ya no se mete en más líos. Habéis sido muy oportunos, Dave.

—Nos pareció mejor seguirles que intervenir allí mismo, delante de tanta gente. Podía haberse organizado un tiroteo… en el que siempre paga algún inocente, señor.

—Por suerte, no se dieron cuenta de que nos seguíais. Supongo que hacía ya rato que estabais en el pasillo, escuchando.

—Así es. Nos pareció que podíamos esperar a ver qué se proponían realmente.

—Bien hecho. ¿De qué llamada hablaba Spencer?

—Lo estuvieron llamando a su coche, pero, claro, usted no podía contestar. Bueno, el primero en llamar fue Dugall; dijo que usted tenía razón. Sólo eso.

Hugh palideció y se pasó la lengua por los labios.

—¿Llamó alguien más? —preguntó, ronca la voz.

—Sí. Hubo una llamada para usted al departamento, y como el compañero de turno en la radio ya sabía que debía comunicarse con nosotros, pasó el recado; una tal señorita Wao quería hablar con usted, sólo con usted… y cuanto antes.

—He encontrado esto… —Reapareció Spencer.

Hugh se dejó caer sentado en el suelo y se pasó las manos por la cara. No sabía dónde sentía más frío: si en la cara, en las manos… o en todo el cuerpo. Estuvo así casi medio minuto, observado atentamente por los dos detectives.

—Spencer —dijo de pronto—, atiende ante todo la herida de Dave. Luego, mientras Dave se queda vigilando a Rickman por si despierta, ve a llamar desde el coche. Encargaros de todo esto… Y cuidado con Rickman, nada de matarlo; nos va a facilitar una información que nos permitirá hacer un trabajo formidable no sólo aquí, sino en Tokio, y quién sabe en cuántos sitios más. ¿Entendido?

—De acuerdo. ¿Se va usted?

—Sí. Me llevo el coche de esta gente.

—Pero… ¿adónde va, señor?

—A un sitio donde hay naranjas de la China.

CAPÍTULO X

Detuvo el coche en el camino, delante de la casa. Apenas salir del vehículo, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Y, en verdad, no se sorprendió demasiado; los naranjos de la China estaban muertos, podridos casi todos. Especialmente, hacia el centro del naranjal, los árboles eran ya sólo una masa maloliente; la corrupción vegetal parecía extenderse alrededor a ojos vistas…

Cuando entró en la casita vio en seguida a los Wao. Los dos estaban en el suelo. Mai Sin, sentada, con las piernas cruzadas; Lo Wao, tendido de espaldas en el suelo, con la cabeza y parte del torso descansando en el regazo de su hija, que acariciaba las lívidas facciones. La muchacha alzó la cabeza al oír entrar a Hugh, y se quedó mirándolo, en silencio, mientras dos enormes lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Hugh se acercó, puso una rodilla en tierra y miró el rostro de Lo Wao, crispado; luego, miró la sangre que tema en el pecho, en tal abundancia que apenas podía ver los orificios de los tres balazos.

—Lo siento, Mai Sin —musitó el policía.

—La culpa es nuestra —dijo ella serenamente—. Esto no habría pasado si no hubiésemos intervenido.

—¿Hace mucho que has llegado?

—No. Apenas cinco minutos. ¿Te dieron mi recado o has venido porque lo has descubierto todo por ti mismo?

—Ambas cosas. Aunque de esto vuestro no estaba muy seguro, no tenía una teoría muy clara. Matasteis a Patrick Walt, ¿verdad?

—No sé cómo se llamaba. Era un hombre muy alto y muy fuerte…

—¿Qué pasó exactamente?

—La verdad es que el programa de televisión que daban la otra

noche a papá no le gustaba en absoluto. Dijo que prefería respirar el aroma de las naranjas y salió de la casa… Cuando me llamó, ya había sucedido todo…

—¿Prefieres que hablemos en otro momento?

—No… No. Papá me contó luego lo que había pasado; cuando estaba sentado bajo un naranjo, llegó un hombre, que se metió en el naranjal. Papá no dijo nada. Lo vio cruzar el naranjal y saltar el muro que nos separa de la villa de al lado. Esperó un poco y fue a ver qué pasaba allí. Vio al hombre ir hacia la casa. El hombre salió unos diez minutos más tarde, corriendo hacia el muro. Papá comprendió que había hecho algo malo… Entonces se apartó del muro. Agarró una herramienta de remover la tierra y se escondió en la oscuridad. El hombre saltó el muro y comenzó a cruzar el naranjal otra vez, para marcharse. Cuando pasó cerca de papá, él le golpeó en la cabeza con la herramienta, por detrás. El hombre cayó. Cuando papá se dio cuenta de que lo había matado, se asustó. Lo que él había pretendido fue aturdirlo para entregarlo a la policía. Registró al hombre y vio que llevaba mucho dinero encima…

—¿Cuánto?

—Algo más de cuatro mil dólares. Luego, papá saltó el muro y se acercó a la casa del doctor Flannery. Cuando miró por la ventana del despacho vio al doctor caído en el suelo y que tenía mucha sangre en la espalda. Entonces supo que aquel hombre había matado al doctor Flannery. Volvió al naranjal, entró en la casa y me dijo lo que había pasado. Yo le dije que teníamos que avisar a la policía, pero él estaba asustado por las consecuencias que esto pudiera acarrearle. Dijo que todo lo que había hecho había sido matar a un asesino, y que él no tenía por qué complicarse la vida por un asesino que, además, ya estaba muerto.

—Y lo enterrasteis en el naranjal.

—Sí…

—Pero sin zapatos.

—¿Cómo sabes eso?

—Puesto que se había cometido un asesinato en la casa de al lado en el que nada teníais que ver, decidisteis facilitar las cosas a la policía, en cierto modo. Por eso le quitasteis los zapatos a Patrick Walt y lo enterrasteis. Luego tu padre se puso los zapatos de Walt, rellenos con algo, se cargó un peso a la espalda para que las huellas

se marcasen igual de profundas que las que había dejado Walt, y fue hacia el camino, donde estaba el coche…

—Yo iba en la espalda de mi padre —murmuró Mai Sin para darle peso. Al llegar al camino, él se puso junto al coche, yo me instalé al volante y me llevé el coche muy lejos. Lo dejé abandonado y volví a casa. Él me estaba esperando… Ya habíamos enterrado al hombre, así que nos acostamos. El resto ya lo sabes…

—Tu padre se levantó temprano para regar el naranjal, de modo que no se notase nada en el punto donde habíais enterrado a Patrick Walt. En cambio, muy amable con la policía, dejó una franja sin regar para que viésemos las huellas del asesino de Reginald Flannery y llegásemos a la conclusión de que se había marchado en un coche que había tenido en el camino.

—Sí… Sí. Hugh, fue un accidente. Lo que quería mi padre…

—Te creo, Mai Sin. Pero debiste decirme todo esto antes, y quizá ahora tu padre estaría vivo.

—Quería decírtelo, pero temía lo que pudiese ocurrirle a papá. Por fin, esta tarde me decidí a explicártelo todo, a pedir tu consejo y tu ayuda. Me dijeron que no podían localizarte, así que dejé el recado, vine aquí y… lo encontré ya muerto.

—Hace de eso ahora unos… diez minutos.

—Sí…

—Y naturalmente, ya viste los naranjos podridos.

—Sí…, sí.

—Pues esos naranjos son los que han costado la vida a tu padre, Mai Sin. Dime una cosa: de todo lo que llevaba encima Patrick Walt, sólo os quedasteis el dinero, ¿verdad?

—Mi padre tenía tantos deseos de tener un gran naranjal… Y ahora está muerto, ya nunca…

—Mai Sin: siempre que se hace algo que no está bien, se paga, tarde o temprano y de un modo u otro. La intención de tu padre fue buena, al principio, al querer entregar un asesino a la policía. Pero luego, cuando después de matarlo se decidió por enterrarlo y quedarse el dinero, ya no estuvo tan bien. Contesta: ¿sólo os quedasteis con el dinero?

—Sí… Sólo el dinero.

—Te diré lo que ha pasado: Patrick Walt llevaba en un bolsillo una botellita con un gas llamado Putrex… ¿Llevaba una caja

metálica y papeles…?

—Sí.

—Bien. Sí, llevaba también el resto del gas que Reginald Flannery acababa de fabricar y que ya había probado en su laboratorio. Al enterrar a Walt, la botellita debió romperse, pero el gas no ha podido filtrarse hasta pasado todo este tiempo, y ha sido entonces cuando ha empezado a actuar, pudriendo los naranjos. Alguien se ha dado cuenta de lo que ocurría con los naranjos, ha comprendido que tu padre había intervenido en algún modo y ha venido aquí y lo ha matado.

—Pero… ¿quién…?

—¿Quién está siempre cerca de vuestros naranjos?: los vecinos del otro lado del muro. Y sólo uno de estos vecinos ha podido comprender lo que ocurría al ver pudrirse los naranjos… Me estoy refiriendo a la guapa y pelirroja doctora Carol Dewey.

—No es posible…

—Sí lo es. Esta parte vuestra no la conocía yo, pero algo empezaba a darme vueltas en la cabeza. Os relacionaba con el asunto por el hecho de que Patrick Walt, pudiendo haber llegado a la villa por caminos mucho más discretos, eligió el naranjal, donde, precisamente a la hora en que él pasó, vosotros estabais viendo la televisión, y el resplandor de la pantalla y el de la lamparita llegaba hasta el naranjal. ¿Por qué correr el riesgo de ser visto? Sí, primero pensé que teníais algo que ver en esto, pero luego, cuando vi una zapatilla colocada al revés, comprendí la verdad: Patrick Walt pasó por aquí precisamente para dejar huellas bien claras de su paso, de tal modo que, igual que en la casa, la policía no tuviese dudas de cómo había sucedido todo: el asesino llega por el naranjal, mata a Flannery en el despacho, tras obligarle a abrir la caja fuerte, y se va, también por el naranjal.

—Pero ¿quién era ese hombre?

—Un amigo de la doctora Carol Dewey. Debían conocerse hacía tiempo y cuando ella supo que él estaba en Honolulú, le propuso el asunto. Walt estaba trabajando para otra gente, pero sin duda le pareció más conveniente ayudar a Carol Dewey, y lo prepararon todo. Luego, él desaparecería y ni la policía ni sus «amigos» podrían encontrarlo. Sólo que tu padre lo estropeó todo al matar aquí a Patrick Walt. Del mismo modo que el asesino lo estropeó todo al

deteriorar un zapato de Reginald Flannery.

—No comprendo.

—Lo primero que me llamó la atención en el cadáver del doctor Flannery fue su postura. Estaba tendido boca abajo, con los pies hacia la caja fuerte, y tenía los brazos muy bien colocados a lo largo del cuerpo. La intención era hacer creer a la policía que Flannery había sido asesinado por la espalda delante de la caja fuerte, una vez abierta ésta. Pero no fue así. En realidad, puesto que el asesino ya conocía la combinación de la caja fuerte, no necesitaba para nada a Flannery. Así pues, aquella noche, después de que Carol Dewey le dijera que vigilase bien porque era muy posible que aquella misma noche Flannery completase el Putrex, Walt se dispuso a vigilar muy de cerca el laboratorio. Así vio cómo el doctor Flannery terminaba su trabajo. Sabía que después de probar el gas, lo primero que haría sería ir a pasar en sus cartulinas la fórmula completa. Esperó. Cuando Flannery volvió al laboratorio, Walt supo que la fórmula estaba completa, en la cajita metálica. Entonces, entró en el laboratorio y mató a Flannery por la espalda. Pero si lo dejaba allí, quizá la policía obtuviese otras conclusiones, y lo que él quería y le convenía a Carol Dewey era que pareciese que el propio Flannery, indiscutiblemente, había abierto la caja al asesino. Éste era el modo de que nadie sospechase de Carol Dewey, ya que, si ella conocía la combinación…, ¿por qué obligar a Flannery a abrir la caja y matarlo una vez conseguido? Por lo tanto, Patrick Walt, el asesino, arrastró a Flannery hasta el despacho.

Y ahí se cometieron los pequeños errores que estaban como escondidos en mi mente: al arrastrarlo, uno de los zapatos se despellejó un poco en la puntera. Pero esto era raro, ya que indicaba que Flannery había sido arrastrado estando boca abajo, cosa no diré ilógica, pero sí infrecuente; a las personas siempre se las arrastra boca arriba. A Flannery lo arrastraron boca abajo. ¿Por qué? Porque si lo hubiesen hecho con la espalda tocando el suelo habría dejado un rastro de sangre revelador de que no había sido muerto en el despacho.

Y luego, la postura de los brazos… Era la razonable en un cuerpo que ha sido arrastrado, no que cae de espaldas después de recibir un balazo. Así que me pregunté: ¿por qué tanto esfuerzo en querer demostrar que la caja la había abierto el propio Flannery,

obligado a punta de pistola? La respuesta era obvia: porque si sólo él y otra persona conocían la combinación de la caja, ésta, o la había abierto Flannery, o la otra persona…, o el asesino, informado por esa persona de la combinación de la caja. Y eso, naturalmente, no interesaba a Walt ni a Carol Dewey. Debían tener previstas todas las contingencias, incluso ésta tan sencilla. Mientras la doctora Dewey, en efecto, se divertía, su cómplice, traicionando a otras personas, hacía el trabajo para ella.

—¿Y la doctora Dewey ha matado a mi padre?

—Sí. Con una pistola del treinta y ocho, con silenciador. Con la misma pistola con que mató a un hombre llamado Seymour Lambert anoche, creyendo que él tenía algo que ver con la desaparición de Walt y temiendo, quizá, que Lambert estuviese preparando represalias contra ella por haber inducido a Patrick Walt a traicionarle. Sí… Ella es la culpable de todo…

—Pero… ¡Tienes que detenerla! ¡Tienes que…!

—No puedo, Mai Sin. ¿Por qué crees que estoy aquí, permitiendo que sigas abrazada al cadáver de tu padre, y hablando, hablando, hablando…? Le estoy dando tiempo a ella.

—Tiempo…, ¿para qué?

—Para que haga algo. Todo lo que te he contado de los zapatos y la postura de Flannery, está bien como elemento de ayuda en una investigación, pero no dejan de ser teorías. No son pruebas que puedan convencer a un jurado. Podría ser lo que yo he dicho…, pero también podría ser que no. Por eso quisiera atrapar a Carol Dewey de lleno, sin remisión.

—¿Y cómo esperas conseguir eso?

Hugh Bolton volvió la cabeza hacia la ventana que daba al naranjal.

—Pronto será de noche… Y eso es lo que yo he estado esperando, mientras hablaba tanto… Si yo no hubiese llegado casi inmediatamente después que tú, ya estarías muerta… con unas cuantas balas del treinta y ocho en el cuerpo. Pero cuando yo he llegado, Carol Dewey, que por supuesto te ha visto llegar a ti, aún no había avanzado hasta ti. Al verme a mí se ha… replegado, se ha escondido. Tiene que matarte a ti también, como a tu padre. Ella ha comprendido que Patrick Walt está enterrado en el naranjal y no puede permitir que nadie más lo sepa. Además, después de matarte

a ti, querría desenterrar a Walt y recuperar la caja metálica con las fórmulas… Eso sólo puede hacerlo después de acabar contigo y antes de que hables con la policía. Pero la policía ya ha llegado… ¿Qué hará ahora la bella doctora Dewey?

—¿Querrá matarnos a los dos? ¿A ti y a mí?

—Podría ser. Pero eso es muy arriesgado para ella y quizá prefiera, simplemente, esconder la treinta y ocho y no hacer nada más, resignándose a los acontecimientos futuros, que, por malos que sean, al menos nunca servirán para inculparla con pruebas de todo lo que yo te he dicho. No… No creo que nos ataque a los dos, Mai Sin.

—Entonces, nunca podrás reunir pruebas contra ella…

—Si tú me ayudas en cuanto llegue la noche, sí.

Mai Sin miró el rostro de su padre, y luego, fijamente, a Hugh.

—¿Qué tengo que hacer?

—Hay solamente una cosa que tú puedas hacer y que Carol Dewey considere lógica, y que, por tanto, no le inspire desconfianza.

—¿Qué cosa?

—Después de este rato que llevamos conversando, Carol tiene que comprender que sólo han podido pasar dos cosas. Una, que yo te haya presionado y finalmente me haya enterado de todo y por tanto esté comprendiendo la jugada de ella. Dos, que tú, asustada por lo que pueda ocurrirte, sobre todo después de lo que hizo tu padre, te tomes las cosas a la tremenda y me mates.

—¿Qué…?

—La mejor para nosotros es ésta: tienes que matarme y, cuando ya sea de noche, sacarme al naranjal para enterrarme junto a Patrick Walt.

—¿Tengo… tengo que… que…?

* * *

¿Qué hacía el maldito Hugh? ¿Por qué no salía de la casita, por qué no hacía algo, lo que fuese…?

Escondida tras la copa de uno de los naranjos que casi tocaba el muro, Carol Dewey, en lo alto de éste, esperaba. Hacía más de una hora que Hugh Bolton había llegado, impidiéndole matar a la hija del chino. ¡Más de una hora y no pasaba nada!… ¿Qué podía estar

sucediendo? ¿Qué hablaban tanto rato Hugh Bolton y la chinita? ¿Por qué no llegaban más policías o el coche de la Morgue para recoger el cadáver del chino? ¿Qué…?

Y de pronto, por fin, apareció la joven chinita, un instante después de que la luz de la casita se apagase. Pese a eso, al resplandor de las estrellas y la luna creciente, Carol Dewey distinguió perfectamente a la chinita saliendo de la casa. La vio mirar a derecha e izquierda, hacia el muro, hacia el camino… Entró de nuevo en la casa y a los pocos segundos reapareció, inclinada, arrastrando algo.

Carol Dewey tardó todavía unos segundos en identificar el cuerpo de Hugh Bolton. ¿La chinita estaba arrastrando a Hugh…? La revelación casi la hizo lanzar un grito. Se quedó mirando a Mai Sin, que seguía arrastrando el cuerpo de Hugh hacia el centro del naranjal, con tirones cuyo esfuerzo quedaba patente. No era fácil mover el cuerpo inerte de aquel gigante.

—Lo ha matado… ¡Lo ha matado!

Inmediatamente, la mente de Carol Dewey comenzó a trabajar a toda prisa. ¿Qué podía hacer…? En pocos segundos, el plan se fue formando. Sí, podía matar a la chinita, por fin, y además, hacer las cosas de tal modo que la policía obtendría conclusiones concluyentes respecto a lo ocurrido allí. Conclusiones contra la china y su padre, no contra ella, por supuesto… ¡Era perfecto!

Sin dejar de mirar hacia la muchacha china, Carol Dewey saltó al huerto de naranjas de la China y comenzó a caminar sigilosamente por entre los lacios naranjos, hacia Mai Sin. Era mejor esperar a que se detuviese y se irguiese. Entonces, ofrecía más blanco, sería más fácil acertarle al primer disparo… Mai Sin estaba ya muy cerca. De pronto, dejó caer el cuerpo de Hugh y se irguió, suspirando profundamente.

Apenas a quince pasos de ella, Carol Dewey alzó la pistola del 38, que brilló un instante a la luz de la luna y las estrellas…

¡*Crack*!, restalló el disparo.

Carol Dewey sintió, ante todo, asombro. ¿Cómo era posible que el disparo hubiese hecho tanto ruido, si llevaba silenciador…? Mientras el asombro duró, Carol Dewey giraba, impulsada por el plomo que había recibido en el hombro derecho, y caía de bruces sobre la maloliente tierra del centro del naranjal, donde los efectos

del Putrex eran más evidentes y terribles. Estaba tan asombrada que, cuando alguien le dio la vuelta, aún no había comprendido.

Oyó perfectamente la voz de Hugh Bolton:

—Ve a llamar, Mai Sin; diles que ya pueden venir todos.

—¿Qué…? —jadeó Carol—. ¿Qué… que…?

—Tranquila, «querida»; solamente te he herido en un hombro. Quiero que estés viva cuando lleguen mis compañeros, te hagan la prueba de parafina, analicen tu pistola, comparen sus balas con las que han matado a Lambert y a Lo Wao… En fin, quiero que estés viva para ir a la cárcel para toda la vida…, mi amor.

—Estás vivo… ¡No te ha matado!

—No, ya lo ves.

—¿Lo sabes… todo?

—Menos una cosa, «mi amor». ¿Por qué tanto interés por una porquería como el Putrex? ¿Qué pensabais hacer con él tu amigo Patrick y tú?

—Habríamos ido amenazando países con el Putrex, exigiendo grandes cantidades de dinero a cambio de no arrasar los campos, arruinar su agricultura… Cientos de millones, miles de millones… Hugh, convencí a Patrick Walt… Si tú quisieras… ocupar su lugar, tendrías… tendrías…

—Es mejor que no te canses, «querida».

ESTE ES EL FINAL

Margaret Wao abrió la puerta de la habitación del hotel en que se había alojado, huyendo del maloliente naranjal… Sonrió tímidamente al ver a su visitante.

—Hugh…

—¿Puedo pasar?

—Sí, naturalmente…

Hugh Bolton entró, cerró la puerta y se quedó mirando a la chinita. Era tan hermosa y delicada… Como una auténtica porcelana. El policía sacó un sobre de su bolsillo y lo tendió a Mai Sin.

—Dave está bien, así que hoy ya no he ido a visitarlo. Encontramos una peluca rubia en la villa, escondida en el armario de Carol. Todo ha ido bien. Incluso tenemos noticias muy interesantes de Tokio respecto a la desarticulación de cierta organización… He pensado que era el momento de traerte esto.

Mai Sin asintió, aunque no comprendía.

—¿Qué es esto? ¿Qué hay en el sobre?

—Durante estos años de soledad he podido ahorrar algunos dólares —murmuró Hugh—. Durante estas dos semanas, la idea de lo que podía hacer con ellos se ha concretado en mi mente, Mai Sin.

—¿Dinero? —Palideció ella—. ¿Me regalas dinero?

—Dentro del sobre hay el recibo del primer pago por una casa que he comprado cerca de la playa. También hay otro recibo, por el pago de unos naranjos chinos que me enviarán pronto, para plantarlos en el jardín de mi nueva casa. Y si todo esto te interesa, te diré que hay otro papel: una licencia de matrimonio.

Mai Sin lo miró sobresaltada.

—¿Te vas a casar?

—Salvo que seas partidaria del matrimonio.

—¿Conmigo? —gimió la muchacha.

—Hay un sueño que quiero contarte en la realidad, Mai Sin, y de este modo te sentirás menos dolorida por lo que hizo tu padre y por haberte sentido obligada a ayudarle. La idea de tu padre, respecto a los naranjos, era buena. El mío, también tuvo algunas ideas buenas, aunque, como el tuyo, alguna vez hiciese cosas malas. Podemos hablar de todo esto detenidamente, sin prisas, cuando estemos tendidos al sol, rodeados de naranjas de la China… ¿Qué contestas?

Mai Sin no contestó. Simplemente, ofreció sus labios que parecían una flor.

FIN

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…